

DACARRETE, ÁNGEL MARÍA (1827-1904)

MAGDALENA

PERSONAJES:

MAGDALENA
ELOÍSA
DON JUAN
ALBERTO
EL MARQUÉS
ENRIQUE
CONVIDADO 1º
CONVIDADO 2º
CRIADO 1º
CRIADO 2º
CRIADO 3º

ACOMPAÑAMIENTO DE SEÑORAS Y CONVIDADOS.

El primer acto pasa en Cádiz en una fonda.-El segundo y tercero en Aranjuez, en casa de Eloísa. Época:-185...

ACTO PRIMERO

MAGDALENA.-EI MARQUÉS.

El MARQUÉS, vestido de calle, entra por la segunda puerta de la izquierda.-
MAGDALENA está asomada al balcón, al oír al MARQUÉS, se vuelve a la escena.

Escena I

MARQUÉS

¡Tan temprano levantada!
No esperé yo tal ventura.

MAGDALENA

Por gozar la brisa pura
de la mar...

MARQUÉS

Pero abrigada
debieras estar ¡por Dios!
Tal descuido me da pena,
que tu vida, Magdalena,
es la vida de los dos.
Por mí tu salud conserva,
que es, en mi edad enojosa,
lo que entre abrojos la rosa,
lo que entre arenas la yerba.

MAGDALENA

¡Qué poético!

MARQUÉS

¡Hija mía!
A estarlo en esta ocasión,
es sin duda el corazón
lo que engendra la poesía.

MAGDALENA

Así lo asegura Alberto.

MARQUÉS

¿Salió ya?

MAGDALENA

Muy de mañana
acompañando a su hermana.

MARQUÉS

¿A dónde fueron?

MAGDALENA

De cierto
no lo sé; pero calculo
que a despedirse; se van
ya tan pronto. (¡Amante afán!
¡Y qué mal te disimulo!)

MARQUÉS

Nosotros pronto también
a Madrid nos volveremos;

pero hasta octubre aguardemos
¡Te encuentras aquí tan bien!

MAGDALENA

¿Cómo no, con el desvelo
y el cariñoso cuidado
que me cercan? ¡Oh! me ha dado
en usted un padre el cielo.
¿Cómo hallar más alegría?
¡Padre! ¡Permítame usted
que aqueste nombre le dé!

MARQUÉS

¿Que lo permita, hija mía?
¿No sabes que necesito
que vague siempre en tu labio,
que otro cualquiera hace agravio
a mi cariño infinito?
Tú no puedes comprender,
inocente Magdalena,
cuanto ese nombre enajena
mi corazón de placer.
Él despierta una memoria
dolorosa en este viejo.
(Enjugándose una lágrima.)

MAGDALENA

¿Llora usted? ¿Y su consejo
de olvidar...?

MARQUÉS

¡Sí, sí; la historia
de nuestros pasados años
al olvido condenemos;
en ella solo hallaremos
amargura y desengaños!
(Con mucho cariño.)
Te repito mi consejo,
y perdone usted, señora,
si en su contra obré yo ahora...
¡Es culpa de todo viejo!
Por la muerte limitado
lo porvenir con enojos
lo presente nuestros ojos,
se vuelven a lo pasado.
Mas quien, cual tú, de la vida,

no bien a gozar empieza
si a motivos de tristeza
en el alma dio cabida,
en brazos de la esperanza
sus recuerdos deben huir,
fijando en lo porvenir
la mirada.

MAGDALENA

¿Y quién alcanza
del corazón a borrar,
por más que palpite joven,
beneficios que le arroben,
penas que le hagan florar?
Yo sin usted, sin su amor...
¡Oh desfallecer me siento
a tan atroz pensamiento!...

MARQUÉS

(Abrazándola con extremado cariño.)
¡Hija!

MAGDALENA

Sí; tal torcedor
con Dios y usted me hace ingrata;
mas abrigarlo no debo.
(¡Pero aquí fijo lo llevo!)
(Señalando el corazón.)

MARQUÉS

(Ese torcedor la mata.)
(Mirándola con apasionada tristeza.)

MAGDALENA

¡Oh! míreme usted sin pena,
o lo niego mi sonrisa.
(Mirando al MARQUÉS con sonrisa cariñosa.
El MARQUÉS sonrío.)

ELOÍSA

(Desde adentro.)
Magdalena.

MAGDALENA

¡Es Eloísa!

MARQUÉS
Pronto han vuelto.

ELOÍSA
¡Magdalena!

(Entrando en la escena por la puerta del fondo de ALBERTO.)

Escena II

DICHOS.-ELOÍSA.-ALBERTO.

ALBERTO
(Saludándose recíprocamente.)

MARQUÉS
Marqués...
¡Alberto! Eloísa...

MAGDALENA
Tan pronto no te aguardaba.

ELOÍSA
Ni yo imaginé volver
hasta más tarde.

MARQUÉS
¿Y qué causa
el placer nos proporciona
de esta vuelta inesperada?

ALBERTO
Salimos a hacer visitas
y solo hallamos en casa
una familia.

ELOÍSA
¡Disculpas!
Que siempre que me acompaña;
de dos meses a esta parte;
tal impaciencia le asalta
por volver acá, que yo
por no escuchar su cansada
oración de «se hace tarde:
»tengo que escribir mil cartas;

»danto calor me fatiga»
y... qué se yo, resignada,
a sus domésticos gustos
(que por cierto en él me extrañan)
me someto.

MAGDALENA
Pues no debes
obedecer tan tiranas
exigencias, no; declárate
en rebelión.

ELOÍSA
Buenas ganas
a veces siento el hacerlo.

MARQUÉS
Pues hágalo usted.

ELOÍSA
Me ablanda
observar que su impaciencia,
aunque parece infundada,
tiene un motivo muy justo
y que interesa mi alma
doblemente.

(A MAGDALENA y sonriendo con intención.)
¿Digo mal?

MAGDALENA
(¡Eloísa, por Dios calla!)

MARQUÉS
¿Y usted, Alberto, impasible
de disculparse no trata?

ALBERTO
¿Para qué?

ELOÍSA
Dice un refrán
castellano, que quien calla...

MAGDALENA
(Riendo.)

¡Ah! ¡ah! ¡ah! Cuánto me gusta
ver esta lucha empeñada
entre hermanos que se adoran.

MARQUÉS

Pues yo viendo que mis canas
el papel de verde oliva
no es posible que aquí hagan,
a fuer de viejo prudente
el riesgo de la batalla
quiero evitar.

ALBERTO

(Va a marcharse.)
¿Se va usted?

MARQUÉS

Iba ya a salir de casa
cuando llegaron ustedes.
El correo de la Habana
vino ayer y por él debo
recibir algunas cartas
que me interesan.

ALBERTO

¿Logró
usted como deseaba,
sus haciendas trasladar
a la Península?

MAGDALENA

Aun faltan
que hacer unas diligencias.
Pero tengo la esperanza
de lograrlo pronto, y luego
que pase la temporada
de los baños, a Madrid
nos iremos.

ELOÍSA

¡Cuántas ganas
tengo de que se realice
ese proyecto! ¡Qué guapa
que vas a estar en la corte!
¡Y buena!

MAGDALENA

¡Sí!

MARQUESA

La esperanza
abrigo de que suceda.

ELOÍSA

¡Pues no! Si tú no estás mala.
No tienes más, que los mimos
del Marqués. Allí el fantasma
de tus males volará.
Y, oye, es preciso que hagas
alguna conquista.

MAGDALENA

¡Yo!

ELOÍSA

Pues qué ¿se tienen tus gracias
impunemente? Verás
cómo te cerca la vana
turba de pollos dandys
pretendiendo una mirada.
Concurrirás a los bailes,
y tendrás tanta demanda
para una polka, una schottisse,
redowa...

ALBERTO

Eloísa, basta.
Por el cielo.

ELOÍSA

¡Ya! mi hermano
cuando de bailes se trata...

MARQUÉS

¿No le gustan?

ELOÍSA

Odio a muerte
profesa a todo el que baila.

MAGDALENA

¡Es achaque de celosos!

ALBERTO

Quizás.

MARQUÉS

Es la malhadada
gravedad de nuestros jóvenes.
Alberto, cuando peinaba
yo, como usted, negros rizos,
no creía rebajada
mi dignidad dando suelta
a los gustos de mi alma.
Bailábamos y reíamos
y el corazón, con fe santa,
latiendo por las hermosas
se inflamaba por la patria.
Hoy ¿en sencillos recreos
qué joven el tiempo pasa?
¡Lo tiene a menos! Do quiera
ven sus ojos el fantasma
del ridículo. ¡Creación
asoladora que arrasa
las flores de la existencia
y vuelve en cambio la nada.

ALBERTO

*¡El ridículo!

MARQUÉS

*Atrevido
*después que agostó en su marcha
*inocentes devaneos,
*derrocar con mano helada
*pretende cuanto más puro
*el hombre abriga. ¿Quién ama
*hoy sin temor a su risa?
*¿Quién si de nobles hazañas
*en el campo, en la tribuna,
*en la prensa, cree en su alma,
*sentir alientos, lo dice
*con voz firme y frente alta?
*Ya los puros sentimientos
*dentro del pecho se guardan
*cual un crimen: como Macbeth
*de la sombra ensangrentada
*de Banquo do quier huía

*y do quiera la encontraba,
*así tus ilusos hijos
*generación desgraciada
*huyendo ese helado espectro
*vagan sin tino y se gastan
*en inacción vergonzosa
*los alientos de su alma.

ALBERTO
Es verdad.

MAGDALENA
¡Ah! no por Dios:
el triste cuadro que traza
usted, señora, nuestra edad
con injusticia retrata.

ALBERTO
Sí; que del todo extinguida
aun no está la pura llama
de los nobles sentimientos.

MARQUÉS
¿De otro modo qué esperanza
lo porvenir guardaría?
Yo confío... pero basta
que esta cuestión filosófica
por lo inoportuna cansa.
Hasta luego.

ALBERTO
Adiós, Marqués.

ELOÍSA
Si por acaso usted tarda,
nos iremos a los baños.
Alberto nos acompaña.

MARQUESA
Bien: no me esperen ustedes.
(Sonriendo.)
A usted como ya cercana
al estado de señora
la recomiendo la guardia
de Magdalena.

ELOÍSA
En mi celo
ponga usted su confianza.

(Tiende su mano sonriendo al MARQUÉS, que se va.)

Escena III

DICHOS, menos el MARQUÉS.

ELOÍSA
Pues que fiado en mis títulos
de prometida o fiancée
me encarga de tu custodia
hasta su vuelta el Marqués,
segura, señor hermano,
de que vos guardar la fe
sabréis de buen caballero
y que tú más que mujer,
eres un ángel que apenas
toca al mundo con su pie,
dejo en paz a los amantes
que son de este siglo prez,
eclipsando la memoria
de Marsilla y de Isabel,
de Julieta y de Romeo,
de Eduardo y de Lucía.

ALBERTO
Amén.

ELOÍSA
Mil gracias.

MAGDALENA
Escucha loca.

ELOÍSA
Nada escucho. Hasta después.

Escena IV

DICHOS, menos ELOÍSA.

MAGDALENA

Gracias a Dios, señor mío,
que puedo hablar con usted.

ALBERTO

A él gracias, que me concede
de disculparme el placer.

MAGDALENA

Disculpas piden clemencia.

ALBERTO

Pues justicia he menester,
nada más.

MAGDALENA

¿Sólo justicia?

Lo dudo; mas diga usted:

¿por qué anoche en el teatro
hora tras hora esperé
en vano que fueses? Luego
que a casa volví también,
en vano con Eloísa
larguísimo rato hablé
en esta pieza aguardando
a que vinieses. ¡A ver
que tal conducta es leal
quién prueba!

ALBERTO

Lo probaré.

Ha tres años, Magdalena
veinte empezaba a tener
apenas yo, en una noche
con un hombre me ligué
con lazos de gratitud
y de amistad a la vez.

MAGDALENA

¿Pues cómo?

ALBERTO

Niño insensato,
con otros niños también,

de locuras juveniles
ardiendo en nociva sed,
el doble de mi fortuna
sobre una carta arriesgué.
La suerte mi desvarío
castigaba tan cruel
que, ya perdida una suma
que jamás satisfacer
yo podría, contemplando
profanada la honradez
de mi nombre, a la vergüenza
no pudiendo frente hacer,
con otro crimen mayor
borrar mi crimen pensé;
quise matarme.

MAGDALENA
¡Dios mío!

ALBERTO
¿Qué me restaba que hacer?
Pálido, desatentado,
de la mesa me aparté;
salí a la calle. Empezaba
apenas a amanecer...

*y cuando a la luz dudosa
*del crepúsculo miré
*el cielo, el mundo, oprimido
*por oculto padecer,
*una lágrima de adiós
*a la vida consagré.

MAGDALENA
Me estremece, aunque pasado,
tu peligro.

ALBERTO
Apresuré
el paso, y de la ciudad
fuera salí. En mi cruel
imaginación absorto,
que seguía no reparé
mi huella un hombre, y ansiando
el término aciago ver
cuanto antes de mi vida

una pistola monté...

MAGDALENA

¡Qué horror!

ALBERTO

Bastaba un instante;
pero con férreo poder
una mano me detuvo,
y ante mis ojos miré
mi acreedor: él de las mías
arranca el arma cruel,
la arroja al suelo, y me dice:
«¡A su vida atenta usted
por una deuda de juego!
-Por mi honra -contesté.
-¡La honra! -exclamó-. ¿Y en el lodo
no la ha sepultado usted?
Cuando en el torpe garito
penetramos en tropel
codiciando el oro ajeno,
la propia hacienda a perder,
honra y corazón dejamos
de la puerta en el dintel.

*-¡Así, habla usted! -dije absorto-,

*-Así pienso. El interés

*no me conduce a esos sitios.

*Sin objeto, amor, ni fe

*la vida arrastro; del tedio

*la insufrible pesadez

*me oprime, y mi alma devora

*del sentimiento la sed.

*Ella hasta el juego me arrastra,

*mas ¡ay! que más de una vez

*alegre perdí, y vergüenza

*sentí mi ganancia al ver.

MAGDALENA

¡Era bueno!

ALBERTO

-Si de amigo

me quiere usted conceder

el nombre, añadió, sus brazos

abriéndome, olvide usted

de aquesta noche las horas;
en el seguro entender

de que amistad, no dinero,
es lo que exijo de usted.

MAGDALENA
¿Y tú?...

ALBERTO
Sin poder hablar,
por mis mejillas correr
sentí el llanto, y en su seno
mi confusión oculté.
Desde entonces, Magdalena,
este hombre llegó a ser
mi amigo mejor. Dos años
ha ya que lejos se fue
de España, y de Francia a Cádiz
llegó en la tarde de ayer
por el vapor de Marsella.
Pasé la noche con él
y un joven que lo acompaña,
teniendo la firme fe
de que tú perdonarías
mi falta.

MAGDALENA
Pues es usted
sobrado presuntuoso.

ALBERTO
¿Me engaño?

MAGDALENA
Bien puede ser.

ALBERTO
¿De veras?

MAGDALENA
¿Cómo se llama?

ALBERTO
Don Juan de Mendoza. ¿Es que
dudas?...

MAGDALENA

Alberto, yo ¡nunca!
¡Dudar de tu amante fe!
Ni de mí. ¿No es verdad?

ALBERTO

Eco de los cielos es
tu voz para el alma mía.

MAGDALENA

Cumple como honrado y fiel
acompañando a tu amigo.
Lo quisiera conocer
y a no ser tuyo pusiera
mi corazón a sus pies.

ALBERTO

¿Qué dices?

MAGDALENA

¡Salvo tu vida!
¡Qué no haría yo por él!

ALBERTO

¿Me amas tanto?

MAGDALENA

¡Y lo preguntas!

CRIADO

(Entrando por la puerta del fondo
y dirigiéndose a ALBERTO.)

Señorito, por usted
pregunta el señor don Juan.

ALBERTO

Dile que voy.

CRIADO

Su merced
baja ya...

(El CRIADO se retira a una seña de ALBERTO.)

ALBERTO

Si conocerlo
quieres...

MAGDALENA
No, que no está bien
que me halle contigo sola.
Adiós, le veré después.

ALBERTO
Enfadosa su presencia
juzgo por primera vez.

MAGDALENA
¡No seas loco!

ALBERTO
Si mi enojo
mitigase una merced...

MAGDALENA
Veamos cuál.

ALBERTO
Besar tu mano.

MAGDALENA
(Corriendo hacia la puerta de la izquierda del
espectador.)
Ya no hay tiempo.

ALBERTO
(Cogiendo una mano de MAGDALENA que ella retira.)
Sí, pardiez.

MAGDALENA
(En el dintel de la puerta.)
Atrevido caballero,
de rodillas a mis pies.

(ALBERTO se arrodilla.)
Reconozca usted su falta,
y en castigo... tome usted.

(Le entrega la mano que ALBERTO cubre de besos. MAGDALENA sale por la segunda
puerta de la izquierda.)

Escena V

ALBERTO.-DON JUAN.

ALBERTO

¡Qué buena y hermosa!

DON JUAN

(Entrando por el fondo.)

Alberto...

ALBERTO

¿Aun de casa no has salido?

DON JUAN

En el balcón, divertido
estuve en mirar el Puerto.

¡Ha tanto que no veían
sus blancas velas mis ojos!

¡Como fúnebres despojos
a la mente me traían,
recuerdos tristes y bellos
de mi juventud pasada!

ALBERTO

¿No eres joven?

DON JUAN

¿Despojada
de sus rizados cabellos
mi cabeza macilenta,
mi faz, sin brillo en los ojos,
cargada el alma de enojos
y pasados los cuarenta,
joven me juzgas?

ALBERTO

Sí a fe:

¿en la mitad de tu vida
ves la juventud perdida?

DON JUAN

¿No he de verla ya?

ALBERTO

¿Por qué?

Te envejece la ilusión
del tedio y los desengaños:
no pueden nada los años
contra un noble corazón.
El tuyo latir podría;
duerme aunque lo juzgas muerto.

DON JUAN

Perdona, querido Alberto.
No me agrada la poesía.

ALBERTO

¡Eso es! ¡siempre lo mismo!

DON JUAN

¡Qué quieres! No es chica empresa
ya mi enmienda.

ALBERTO

Y triste presa
de ese eterno escepticismo
tu vida...

DON JUAN

De otra cuestión
trataremos si te agrada.
¿Qué hay de nuevo?

ALBERTO

(Con enojo.)
No sé nada.

DON JUAN

(Con creciente ironía hasta que indica el diálogo que
debe cesar.)
Hablemos de tu pasión.

ALBERTO

Mi pasión...

DON JUAN

¿No me dijiste
anoche, o me he equivocado,
que estabas enamorado?

ALBERTO
No recuerdo.

DON JUAN
Y estuviste
pintándome la belleza
que cautiva tu albedrío.

ALBERTO
Juan: ese sarcasmo frío
causa agravio a mi franqueza.
Mis sentimientos respeta.
Piensa que nada te he hablado.

DON JUAN
Chico, estás apasionado
como un patán o un poeta.

ALBERTO
Terminemos la cuestión.

DON JUAN
¿Me vas a guardar encono?

ALBERTO
Conozco que es de mal tono
hoy amar.

DON JUAN
No sin razón
me juzgues tan de ligero.
Olvida mi leve ofensa;
cesen las burlas, y piensa
que muy de veras te quiero.
Hablo así por el temor
de que tu dicha sucumba,
que es de nuestro bien la tumba
eso que llaman amor.

ALBERTO
Interna voz nos advierte
de que es falsa esa opinión.

DON JUAN
La calma del corazón...

ALBERTO

Es la calma de la muerte.
Si guarda la piedra dura
ardiente chispa oprimida,
si el agua en nubes mecida
flota en la atmósfera pura
es para que ansiado fuego
del hierro al golpe se inflame,
es para que el sol derrame
su luz, y en bendito riego
convertidos los vapores
que a merced del aire vagan,
en raudales se deshagan
que el valle cubran de flores

*Así el principio fecundo
*de amor, con que Dios eleva
*nuestro ser, que vida nueva
*regale incesante al mundo,
*lo puso en el corazón
*para que uniendo dos seres,
*confundiese sus placeres,
*sus dolores, su oración;
*no para que en negro abismo
*duro convirtiendo el alma
*lo sepultase en la calma
*de un estéril egoísmo.

DON JUAN

*¿Concluiste? Bello trozo
*para una escena de drama.
*El éxtasis que te inflama
*se comprende. ¡Eres muy mozo!
*Sueños forjas de ventura,
*porque estás de bondad lleno;
*mas endurece tu seno,
*o ten por cosa segura,
*que ese estéril egoísmo
*echarás menos un día
*que en solitaria agonía
*te devores a ti mismo,
*destruido hasta el consuelo
*de no haber virgen guardado
*el ensueño nacarado
*que hace del amor un cielo.

ALBERTO

*Tu funesta profecía
*es inútil. ¿Qué mayor
*soledad que sin amor
*vivir? ¿Qué más agonía
*el alma a sentir alcanza?

DON JUAN

*Causa más acerbo daño
*el tedio del desengaño
*que el afán de la esperanza.

ALBERTO

*Nos libra de ese dolor
*de una mujer la ternura.

DON JUAN

Alberto, una calentura
del alma, es sólo el amor:
su delirio nos ofrece
una mujer que no existe:
de mil encantos la viste,
sobre la tierra la mece;
más cuando en loca ansiedad,
vence el amor al respeto
tocamos el esqueleto
de la odiosa realidad.

ALBERTO

Hallará tal decepción
quien con vulgares mujeres
busque en groseros placeres
los goces del corazón.

DON JUAN

¡Vulgares! ¿Cuál no lo es?
Todo amante piensa hallar
una excepción singular:
pero le enseña después
la razón severa y fría
que son iguales en suma,
y su amor, como la espuma
que nace y muere en un día.
(Movimiento de enojo en ALBERTO.)
No pienses que yo imagino

que de hielo la mujer
no siente en su pecho arder
de amor el fuego divino.
¡No por Dios! Quizá al contrario
sobrado tierna la creo,
porque es su amante deseo
tan universal, tan vario.
¡El aire, la luz, el cielo
veinte veces en un día
la hacen reír de alegría,
sollozar de desconsuelo!
Vertiendo sus ojos lloro,
brillan con grato embeleso,
hace sangre al dar un beso;
maldice al decir «te adoro»,
si al estrecharla en tus brazos
le ajas un rizo, una flor,
huirá de ti por amor
a sus encajes y lazos;
que la pasión que atesora
da con tino tan profundo,
que la derrama en el mundo,
y se la niega al que adora.
Ser inconstante y liviano,
verdugo y víctima al par;
se complace en excitar
de venganza afecto insano,
y, como un niño aturdida,
con mil esperanzas juega,
y almas va pisando ciega
por la senda de la vida,
hasta que siente el impío
torcedor del desencanto,
deshecha en inútil llanto,
dando suspiro tardío.
Esto es la mujer.

ALBERTO

¡Mentira!
Al juzgarla tan cruelmente
tu corazón nada siente
y tu cabeza delira.

*Contra tan infiel retrato
*otro mi alma me ofrece
*que más a ella se parece

*que el que trazaste insensato.

Cual humano, frágil ser
es al cabo; no imagino
yo que es un ángel divino;
la amo, Juan, porque es mujer.
Porque sé que, estremecida
de placer, miedo y rubor,
ella es quien nos tiene amor
antes que tengamos vida.
Quien arrulla con su canto
nuestro primer sueño leve,
quien con su sonrisa bebe
las gotas de nuestro llanto.
Quien con santa inspiración,
abre, del mal a despecho,
a la bondad nuestro pecho,
nuestra boca a la oración.

DON JUAN

Es verdad; pero escusada
verdad; por mal que te cuadre,
que el santo amor de una madre
no se compara con nada.
Mas la mujer...

ALBERTO

La mujer
siempre con pura influencia
domina nuestra existencia
y ennoblece nuestro ser.

(DON JUAN sonrío con irónica incredulidad.)

Por ella, solo por ella,
la desdeñada virtud
de la loca juventud
es alumbradora estrella.
Que el rudo afán que sofoca
y hace latir nuestro seno,
lo trueca en gozo sereno
la sonrisa de su boca.

*Esa sed inquieta y vaga
*de una ignorada ventura
*que sentimos, la ternura
*de su mirada la apaga.

Y hoy que tedio asolador
nos anticipa la muerte,
y en cieno el agua convierte
y trueca en polvo la flor;
que, rotos del bien los lazos
y humo vano la pureza,
la humanidad su cabeza
dobla y se cruza de brazos,
¿quién es, sino la mujer,
quién con palabra bendita,
como a Lázaro le grita:
«Alza y recobra tu ser.»

DON JUAN

¿Es decir que a Dios igual
la crees?

ALBERTO

Movió Dios su mano,
y brotar hizo un anciano
agua de un vil pedernal.
Dios la inspira, y ella alcanza
que en el seno árido y duro
a su voz renazca el puro
manantial de la esperanza.

DON JUAN

Religioso en demasía
estás, y te aviso, Alberto,
que predicas en desierto
así hablando a el alma mía.
*No defiendas tu opinión,
*si en Dios su defensa estriba,
*porque de tejas arriba
*solo veo confusión.
Hasta el cielo nunca llega
mi pensamiento.

ALBERTO

También
con sacrílego desdén
yo lo olvidaba.

DON JUAN

Pues ruega

a Dios me dé contrición,
mientras que yo pobre humano
quiero por camino llano
evitar tu perdición.

ALBERTO
¿Mi perdición?

DON JUAN
Si por cierto,
que en este siglo de males
ya no brotan manantiales
de las peñas del desierto.
Y muy lejos la mujer
de inspirarnos noble instinto,
en confuso laberinto
enervando nuestro ser
a su capricho lo inmola.
Luego el esclavo despierta
y de ella la liberta...
el cañón de una pistola.

ALBERTO
*¿Con que todo hombre que ama
*arrostra la misma suerte?

DON JUAN
*No en el seno de la muerte
*apagan todos su llama:
*mas quien tal fin no prefiere,
*llevar se deja adelante
*cual cadáver ambulante
*sin saber si vive o muere.

ALBERTO
(Con enojo creciente.)
Pues sea cual fuere el destino
que tenía tu previsión
no evites mi perdición;
déjame andar mi camino.
Si un universal decreto
nos obliga a padecer;
esclavos de la mujer,
yo obediente lo respeto
y aun adoro mi cadena.

DON JUAN

Contemple tu ceguera
que es diosa la libertad.

ALBERTO

Y un ángel mi Magdalena.

DON JUAN

Loco estás.

ALBERTO

Bien, pero en vano
crees curarme, te lo advierto.

DON JUAN

No quiero sanar.
Alberto,

Dios te tenga de su mano.
Te has de acordar algún día...

ALBERTO

(Con severidad.)
Mientras llega, yo te pido
que des mi amor al olvido.
No quiero sanar.

DON JUAN

¿Sería
posible que tu cariño...

ALBERTO

(Con amarga reconvención.)
No, mas pensé que el objeto
que más amo, tu respeto
merecía.

DON JUAN

Eres un niño.
(Con cariño extremado.)
Si vieses... pero esa mano
estrecha, y todo concluya.

ALBERTO

(Comprendiendo el sentimiento de DON JUAN.)
Sí: no hay nada que destruya

nuestra amistad. De verano
nube pasajera fue
mi enojo.
(Reparando en un reloj que debe haber en la escena.)
¡Mas... Dios! ¿qué veo?
Ya son las dos, y deseo
escribir. Dispensa...

ALBERTO
¿Qué?
Que aquí te deje, obligado
a salir.

DON JUAN
Ve, yo te sigo.

(Se estrechan las manos con ternura, y sonriendo con ligera ironía dicen.)

Aunque escéptico, tu amigo.

ALBERTO
Tu amigo, aunque enamorado.

Escena VI

DON JUAN.-Después ENRIQUE.

DON JUAN
Nada, está loco. También
yo lo estuve, y condenado
también cual yo se verá
a trocar en odio amargo
tanto amor como atesora;
a arrastrar como yo arrastro
la vida... No sé qué diera
por conseguir evitarlo.

*¡Todos así! el sentimiento
*es verdugo despiadado
*que en verdugos nos convierte.
*¡Todos así!... no, me engaño;
*Todos no, que hay excepciones;
*los tontos y los malvados.

ENRIQUE

(Riendo.)

¡Ah! ¡ah!

DON JUAN

¿Qué te pasa?

ENRIQUE

Un lance

chistosísimo. ¿Un tabaco,

(Sacando la petaca y ofreciéndole.)

quieres?

DON JUAN

No, gracias.

ENRIQUE

Pues mira

que es de la Vuelta de abajo.

DON JUAN

No quiero fumar.

ENRIQUE

(Encendiendo el cigarro.)

Ahora de recogerlos acabo.

DON JUAN

¿Por qué te reías?

ENRIQUE

¿Por qué?

Verás: salí de mi cuarto

porque el cartero... ¡A propósito!...

¿Te acuerdas del semi-diablo,

semi-mujer que me tuvo

en París encadenado?

DON JUAN

No recuerdo...

ENRIQUE

Mademoiselle

Fleur d'aubepine.

DON JUAN

No caigo...

ENRIQUE

Que era entretenúe del ruso,
aquel de bigotes largos.

DON JUAN

¡Ah, sí!

ENRIQUE

Pues oye: me escribe
diciendo... ¡de risa estallo!
que ha sido débil conmigo.

DON JUAN

¡¡Ella débil!!!

ENRIQUE

Y yo sandio,
porque su debilidad
me costó doce mil francos.

DON JUAN

¡Es chistoso!

ENRIQUE

Y me apellida,
seductor y padre ingrato.

DON JUAN

(Dejando el tono irónico.)
¡Padre!

ENRIQUE

Sí, padre dudoso.

DON JUAN

¡Y a un niño has abandonado!

ENRIQUE

¿No lo has hecho nunca tú?

DON JUAN

(Con enojo y pena.)

ENRIQUE

No lo sé.

ENRIQUE

Da para el caso
lo mismo; a más que ya ha muerto.

DON JUAN

¡Feliz él!

ENRIQUE

Por muchos años
nos guarde Dios de esa dicha.

DON JUAN

¡Pse!

ENRIQUE

Sin compartirla alabo
tu indiferencia.

DON JUAN

¿Y la carta
reír te hizo?

ENRIQUE

No: del cuarto
salí. A buscarte venía;
y al atravesar el patio
en un balcón vi dos jóvenes
muy bellas.

DON JUAN

¡Y te ha causado
esa hilaridad su vista!

ENRIQUE

La de una sola.

DON JUAN

No caigo
en el motivo.

ENRIQUE

La una
hermana es de Alberto.

DON JUAN
Exacto.
La otra su amante.

ENRIQUE
¿Su amante?

DON JUAN
¿No me has entendido?

ENRIQUE
¡Bravo!
es decir que se la pega
al Marqués...

DON JUAN
¿Cómo? No alcanzo
a comprender...

ENRIQUE
Esa niña...

DON JUAN
Es la hija de un anciano
militar, y compañero
del Marqués...
(Con marcada ironía.)
¡Pues está claro!

DON JUAN
Él la protege...

ENRIQUE
¡Pues no!

DON JUAN
¿Qué quieres decir?

ENRIQUE
El lazo
no está mal...

DON JUAN
¿Cómo?

ENRIQUE

¿Conoces
al Marqués?

DON JUAN
Ha muchos años
que lo conocí en América,
pero apenas nos tratamos.

ENRIQUE
Tenía una hija.
DON JUAN
(Con disgusto creciente.)
Lo sé.

ENRIQUE
¡Murió!

DON JUAN
Lo sé.

ENRIQUE
Ha cuatro años.

DON JUAN
Repito que no lo ignoro.

ENRIQUE
Afligido el pobre anciano
por la muerte de su hija,
escondido más de un año
vivió; mas Dios a sus puertas
un ángel descarriado
llevó, que escapó a mis uñas
poco antes por milagro,
y en el carcomido tronco
de su existencia brotaron
otra vez hojas y flores
de Magdalena al halago.

DON JUAN
¡Magdalena!

ENRIQUE
Era una niña
que teniendo unos tres años,
a nuestro umbral una noche

llegó, llevada en los brazos
de su madre, y a la mía
conmovió su desamparo.
Ambas quedaron en casa.

DON JUAN
Parece un cuento.

ENRIQUE
Pasaron
meses, años, y la niña
joven fue llena de encantos
que a mi natural deseo

le daba muy malos ratos.
Murió su madre, y victoria
canté, que no vi en mis años
más celoso Can-cerbero.

DON JUAN
¿Y después?

ENRIQUE
Tenté, está claro,
por mil medios poseer
su belleza; mas ni halagos,
ni promesas la rendían
y mi madre, columbrando
el hecho, intentó alejarla
casándola.

DON JUAN
Bien pensado.

ENRIQUE
Sí; pero negose ella
a acceder, y aprovechando
yo la ocasión, la estreché
de tal modo, que su cuarto
se halló vacío una mañana
y en la mesa, destinado
había un billete a mi madre.
Él declaraba el arcano
de su huida con palabras
sentimentales, y el caso

verdadero era que yo
ni su novio le gustábamos.

ENRIQUE
¿Y no supisteis?

DON JUAN
Mi madre
se indignó. Yo, como acabo
de verlo, creí que la suerte
tal vez la pondría en mi paso.

DON JUAN
¿Seguro estás de que es ella?

ENRIQUE
La misma que tras dos años
de vivir, ya no sé cómo,
sólo sé que con encantos,
joven, ignorada y sola
de ese viejo millonario
llegó a la puerta, y subió
desde el zaguán al estrado.
El misterio que esto encierra
fácil es adivinarlo,
y fácil también pensar
que por contraste a los blancos
pelos del Marqués, la niña
no desdeñe los castaños
y así me reía, pues que
yo pensaba... ¡Voto al diablo!
Ya no podré, porque Alberto
me ha ganado por la mano.

DON JUAN
(¡Y su noble corazón
caería en tan torpe lazo!)

ENRIQUE
¿Qué es lo que tienes?

DON JUAN
¿Tú sabes
lo que has dicho? ¡Desgraciado
Alberto!

ENRIQUE
¿Por qué?

DON JUAN
¡La ama!

ENRIQUE
¿Y qué?

DON JUAN
Con amor tan casto,
que piensa hacerla su esposa.

ENRIQUE
¡¡¡Su esposa!!! Por muchos años.
(Riendo.)
¡Le hará... feliz!

DON JUAN
Miserable.

ENRIQUE
(Con aire agresivo.)
¿Cómo es eso?

DON JUAN
Sí... ¡insensato!
en reñir contigo el tiempo
iba a perder, que en salvarlo
debo emplear... ¿pero cómo?

ENRIQUE
A no ser por lo que acabo
de oír... yo sé un medio.

DON JUAN
¿Cuál?

ENRIQUE
Yo nunca tolero...

DON JUAN
Vamos,
di ese medio, que después,
nos mataremos si tanto
afán tienes por reñir.

ENRIQUE

Confiesa que acalorado...

DON JUAN

Sí, lo confieso. Di pronto.

ENRIQUE

Yo también siento que un guapo
chico por candor...

Acaba.

ENRIQUE

Pues si con ella yo hablo,
seguro estoy de que rompe
con Alberto.

DON JUAN

¿Pero acaso...
pensarías tu abusar?

ENRIQUE

Te veo tan preocupado
hoy de ideas caballerescas,
que de imitarte yo trato.
Hasta que Alberto la olvide,
solemne promesa hago
de nutrirme de esperanza.

DON JUAN

¿Víbora con guantes blancos,
cumplirás lo que prometes?

ENRIQUE

Te doy mi palabra y mano.

DON JUAN

¿Pero ese medio...

ENRIQUE

Verás.

(Tira de una campanilla, y sale un criado por el fondo. ENRIQUE saca de su cartera una tarjeta, en la que escribe con el lápiz.)

Esta tarjeta, volando,

llévala a la señorita
Magdalena. Que la aguado

aquí, añades.

(El CRIADO entra por la puerta que entró MAGDALENA; a poco sale y se retira por el fondo.)

DON JUAN
¿Y vendrá?

ENRIQUE
¿Quién lo duda? Ve tú en tanto
a entretener allí a Alberto.

DON JUAN
Pero dime...

ENRIQUE
Mas despacio
hablaremos. Calla... ¡es él!

(ALBERTO y ELOÍSA salen por distintas puertas, dispuestos para salir a la calle.)

DON JUAN
¿Y su hermana?

ENRIQUE
¡A que se ha aguado
mi plan!

DON JUAN
¡Silencio!

ENRIQUE
Procura
muy lejos de aquí llevártelo.

Escena VII

DICHOS.-ELOÍSA.-ALBERTO.

(ALBERTO se dirige a saludar a ENRIQUE. DON JUAN se adelanta a ELOÍSA y le

estrecha la mano con cariñosa confianza.)

ALBERTO

¿Se ha descansado?

ELOÍSA

¡Mendoza!

DON JUAN

Eloísa.

ELOÍSA

Ya sabía

por Alberto su llegada.

DON JUAN

Y dispuso mi propicia

suerte que hallase aquí a ustedes.

ALBERTO

(A su hermana, presentándole a ENRIQUE.)

Don Enrique de Medina,

amigo de Juan y mío.

ELOÍSA

(Saludando.)

Es muy justo.

ENRIQUE

(Ídem.)

Señorita...

ELOÍSA

Ustedes permitirán...

¿Vamos, Alberto?

ALBERTO

Creía

que esperabas... ¿Sales sola?

Magdalena...

Una visita

del Marqués le han anunciado.

ALBERTO

¿Pero aguardar no podrías?...

ELOÍSA

No, dice que no saldrá
hasta la tarde.

ELOÍSA

(¡Eloísa!
¿Dejar aquí a Magdalena?)

ELOÍSA

A casa de nuestra tía
podrás llevarme, y con ella
iré a los baños. (¿No miras
que te pones en ridículo?)

ALBERTO

Vamos, pues. (¡Oh! me lastima.
(Dando el brazo a su hermana.)
No sé qué temor...)

ELOÍSA

(Saludando.)
Adiós.

ALBERTO

(Ídem.)
Hasta luego.

DON JUAN

(A ALBERTO.)

Está vecina
a la casa que tú vas
el casino; yo tu pista
voy a seguir. Con que allí
te aguardaré.

ALBERTO

(Con marcado disgusto.)
Pues de prisa
tienes que andar.

DON JUAN

Voy volando.
Soy contigo.

(ALBERTO y ELOÍSA salen por el fondo.)

Escena VIII

DON JUAN.-ENRIQUE.

ENRIQUE

Fue magnífica
la ocurrencia; vete pronto
y entiende, de política
hablando, o literatura...
o cualquier cosa.

DON JUAN

Mas cuida
de portarte cual dijimos.
De lo contrario...

ENRIQUE

Examina
que Magdalena estará
atisbando tu salida
para venir... con que vete.

DON JUAN

Si le faltas...
Escatima
amenazas.

DON JUAN

Hasta luego.
(Vase DON JUAN.)

ENRIQUE

Velis nolis será mía.

Escena IX

ENRIQUE.-MAGDALENA.

ENRIQUE

Magdalena...

MAGDALENA

(Con altiva severidad.)
Señor mío.

ENRIQUE

Lo primero doy a usted
las gracias por la merced
de escucharme.
A mi albedrío
no obedezco al consentir
tan absurda conferencia.

ENRIQUE

Deploro que mi presencia
así le enoje.

MAGDALENA

Advertir
debo a usted que acabe luego
y dígame por qué osado
vuelve así desalentado
a perturbar mi sosiego.

ENRIQUE

Tan criminal intención
no abrigo, por vida mía.

MAGDALENA

Terminemos.

ENRIQUE

¿Todavía
con la misma condición?
Ya es tiempo de tener calma:
escúcheme usted serena;
aún por usted, Magdalena,
se abrasa en amor mi alma.

(MAGDALENA va a retirarse, y él se interpone.)

Ha muerto mi madre, y dueño
soy de mi vida y mis bienes;
deponga usted sus desdenes,
y no habrá un capricho, un sueño
que su mente de mujer,
apetezca o divinice,
que yo al punto no realice,

que mi amor...

MAGDALENA

A comprender
no alcanza usted en su afán necio
que esa palabra en su labio
al amor le causa agravio,
y a mí me inspira desprecio?

ENRIQUE

Es que...
(Con desdén altivo.)
Basta.

ENRIQUE

(Con tono iracundo.)
¡Magdalena!

MAGDALENA

En vano con torpe alarde,
grosero intenta y cobarde
amenazarme. Serena,
veré su infamia a mis pies,
que con la ayuda de Dios
me ampara...

ENRIQUE

(Con sarcasmo.)
¿Cuál de los dos?

MAGDALENA

¿Cómo?

ENRIQUE

¿Alberto o el Marqués?

MAGDALENA

¿Qué dice usted?

ENRIQUE

Lo sé todo.
Con todo contado había
al hablarle. ¿Usted creía
sorprender...? De ningún modo.
¡Y no me inspiran recelos
sus egidas en verdad!

El Marqués me da piedad...
¡Pero Alberto me da celos!

MAGDALENA
(Con marcado desprecio.)
¿Celos usted?

ENRIQUE
Esa altiveza
más enciende...

MAGDALENA
Demos punto,
señor mío, ya al asunto.

ENRIQUE
¡Darle punto y ahora empieza!

MAGDALENA
Dar no debe usted al olvido
que al hablar así deshonra
de su apellido la honra.

ENRIQUE
Hablo yo: no mi apellido.
Y sin faltar al respeto
que al sexo es fuerza rendir,
voy, pues, a usted a decir
de mi discurso el objeto.
Siento celos, aunque usted
no lo crea, y necesito
que me ame usted, lo repito:
quien ofendido se ve
como yo, vengarse quiere
y exige a usted mi venganza

(Además de desprecio en MAGDALENA.)

que dé a mi amor esperanza
o el amor de Alberto muere.

MAGDALENA
(Con desdén y confianza.)
¡Su amor!

ENRIQUE

(Con ironía.)
Sencillo, inocente,
amor pur sang de novela,

ni desengaños recela,
ni desconfianza siente.
Mas es así porque ignora
que quien lo inspira algún día
vivió...

MAGDALENA
La desgracia mía
lo trajo a usted aquí ahora:
¿capaz será usted!

ENRIQUE
De todo.

MAGDALENA
No es posible tal vileza.

ENRIQUE
Deponga usted su esquivaza,
y yo a callar me acomodo.

MAGDALENA
*¡Oh, jamás!

ENRIQUE
*En caso tal...

MAGDALENA
*¿No tiene usted corazón!

ENRIQUE
*Tengo muy poca afición
*al tono sentimental.
*Así, pues,

MAGDALENA
*¿Con qué derecho
*eterno perseguidor
*de mi paz?...

ENRIQUE
*Con el amor

*que usted encendió en mi pecho.

MAGDALENA

*¡Es una burla horrorosa!

ENRIQUE

*Es realidad a fe mía,

*que encuentro a usted cada día,

*Magdalena, más hermosa.

¡Oh, basta!

ENRIQUE

Con que es decir

que usted se resigna.

MAGDALENA

¡Ah, no!

¿pero qué le hecho a usted yo
para hacerme así sufrir?

Es imposible que sea
tan malo su corazón
como afecta. Compasión
le pido.

ENRIQUE

Pero usted vea

que es un sobrehumano empeño,
cuando la amo pretender
que a otro hombre pueda ver
de tanta hermosura dueño.

Por última vez. Si en vano
rogué, tenga usted por cierto
que revelo hoy mismo a Alberto
de su existencia el arcano.

Y venciendo en mi porfía,
no será usted ¡vivo Dios!
de ninguno de los dos,
pues que no quiere ser mía.

MAGDALENA

(¿Por qué merezco, Dios santo,
que me hagas así penar?)

ENRIQUE

(¡Me duele verla llorar!

¡pero soy un necio! llanto

de mujer muy poco dura.)

MAGDALENA

(Él escuchará a su amor,
mas dudando de mi honor
quizá... qué horrible tortura!)

ENRIQUE

Perdone usted si enfadoso...

MAGDALENA

No aumente usted mi tormento.

ENRIQUE

En tal caso aunque lo siento...

MAGDALENA

¡Sea usted por Dios generoso!
Olvide el funesto encanto
que al mal así lo encadena.

ENRIQUE

Suplico a usted, Magdalena,
que enjague ese inútil llanto.

MAGDALENA

Si... alguien viene.

ENRIQUE

(Mirando al fondo.)
Es el Marqués.
Conteste usted.

MAGDALENA

¡Oh! ¡no puedo!
más tarde...

ENRIQUE

A esperar accedo.

MAGDALENA

¡Virgen santa!

ENRIQUE

Hasta después.

(Sale ENRIQUE por la puerta de la derecha. El MARQUÉS entra por el fondo.)

Escena X

MAGDALENA.-EI MARQUÉS.

(MAGDALENA sale al encuentro del MARQUÉS y le estrecha ambas manos con grande agitación.)

MAGDALENA
¡Ah, señor!

MARQUÉS
¿Qué te agita?

MAGDALENA
(Como hablando consigo misma.)
Si es forzoso...

MARQUÉS
¿Llorando estás? ¿Qué tienes, Magdalena?

MAGDALENA
Es forzoso, señor, que de mi vida
el misterio concluya.

MARQUÉS
¿Mas qué es esto?
ese llanto...

MAGDALENA
Usted sabe la amargura
que ese secreto derramó en mi vida:
hoy más que nunca mata mi ventura.
¿Por qué callarlo? Alberto...

MARQUÉS
Nada ignoro:
conozco que te ama.

MAGDALENA
¡Padre mío!

MARQUÉS

¿Y tú?

MAGDALENA
Le amo también.

MARQUÉS
¿Por qué ese lloro?

MAGDALENA
Es esclavo suyo mi albedrío.
Pedirle a usted mi mano
veces mil intentó: yo le contuve;
mas hoy lo quiero yo; pero el arcano
de mi vida es forzoso que no exista.

MARQUÉS
Si en ello solo estriba tu ventura.
(Con tono de dolorosa reconvención.)

MAGDALENA
Mi ventura y mi honra.

MARQUÉS
¿Magdalena?

MAGDALENA
Mi honra que está como mi alma pura.

MARQUÉS
No comprendo...

MAGDALENA
Más tarde, lo prometo,
todo lo explicaré.

MARQUÉS
Oye, hija mía:
respetando la paz de tu inocencia
tu origen oculté; ¿tú no me viste
solo, a veces, llorando...?

MAGDALENA
De mi madre
el retrato besar, y yo creía
el nombre ansiado pronunciar de padre...

MARQUÉS

¡Lláname padre, sí; tal me llamaba
la desgracia a quien el ser debiste!

MAGDALENA

¡No en vano el corazón me lo anunciaba!

MARQUÉS

Oye: en la noche de recuerdo triste
que en mis brazos murió, me dijo el nombre
de la mujer que te cuidó en tu infancia
su retrato me dijo que tenías,
y en cambio de la hija que lloraba,
Dios te envió para encantar mis días.

MAGDALENA

¿Con que es verdad? ¡El dulce pensamiento
que acaricié!...

MARQUÉS

Su alma, Magdalena,
nos bendice al mirar nuestro contento.
¿Mas qué tienes?

MAGDALENA

El gozo me enajena:
¿y mi padre?

MARQUÉS

¡¡Murió!!

MAGDALENA

¿Dónde la losa
de su sepulcro está? ¿Cuál es su nombre?
quiero ostentarlo alegre y orgullosa.

MARQUÉS

¡Su nombre!

MAGDALENA

Sí, saberlo necesito.

MARQUÉS

Pero...

MAGDALENA

Que borre de mi frente pura
el injusto baldón que lleva escrito.

MARQUÉS

Tú ignoras, pobre niña, que tu madre...

MAGDALENA

¡No más, por compasión! ¡Bien lo comprendo!
pero él ¿dónde está?

MARQUÉS

¿Ay, ese hombre?

MAGDALENA

No me rechazará. ¿No es él mi padre?
¿quién a su hija negará su nombre?
¿en dónde está?

MARQUÉS

Me matan tus palabras.
¡¡Yo no sé ni quién es!!

MAGDALENA

¡¡Oh, Dios clemente!!

MARQUÉS

Al deshonar mi encanecida frente,
a su crimen unió la villanía
de abandonar tu seducida madre.
Sin fe, sin corazón...

MAGDALENA

(Con amargura suplicante.)
¡Ah! ¡que es mi padre!

MARQUÉS

Tienes razón; perdona. Yo su suerte
siempre ignoré, y su nombre de mi oído
llegó a robarlo la implacable muerte.
Mas, recobra tu ánimo abatido:
si Alberto es digno de tu amor, tu alma
solo amaré, y a él la amarga historia
revelaré que emponzoñó mi vida,
y en verte suya cifrará su gloria.
Yo su padre seré.

MAGDALENA

¡Nunca! Perdida
tiene ya el corazón toda esperanza.
Aunque un dolor inmenso lo taladre,
no compraré su paz ni su alegría
a costa de la honra de mi madre.

MARQUÉS

¿Cómo?

MAGDALENA

¡Si hiciera mi fortuna impía
que mi mano rehusase en ese caso
a mi madre, a mi madre ofendería!
¡nunca será! ¡Conozco que en mi alma
él siempre vivirá!

MARQUÉS

¡Pobre hija mía!

MAGDALENA

No tema usted: mi madre desde el cielo
me alentará para arrostrar mi suerte.

MARQUÉS

Y acaso un día encontrarás consuelo.

MAGDALENA

¡Sí: tal vez! (¡En el seno de la muerte!)
más preciso es, señor, que no le vea;
que no le hable yo.

MARQUÉS

Mas... ¿de qué modo?

MAGDALENA

Hoy mismo es fuerza que de aquí salgamos.

MARQUÉS

¿Cómo?... Si quieres, el vapor del puerto
(Tirando de un llamador.)
alcanzaremos, y de allí esta noche...

MAGDALENA

(Entrando precipitadamente en su habitación.)
¡Si, sí, pronto por Dios!

MARQUÉS

(A un criado que se retira después de la orden

MARQUÉS.)

Volando, un coche.

Escena XI

EL MARQUÉS.-DON JUAN.-ALBERTO.-Después MAGDALENA.

(Dirigiéndose a un criado que saldrá inmediatamente después de retirarse el anterior. El segundo debe aparecer viejo.)

MARQUÉS

Pedro.

CRIADO

Señor.

(DON JUAN y ALBERTO que aparecen en el dintel de la puerta, oyen las palabras del MARQUÉS.)

MARQUÉS

Ahora mismo

salimos la señorita

y yo de Cádiz: mañana,

en el vapor de Sevilla

tu vas; y llevas los cofres.

Paga en la fonda y avisa

a mi banquero.

CRIADO

Está bien.

(Vase.)

DON JUAN

(¡Se portó Enrique!)

ALBERTO

(Al MARQUÉS.)

No atina

mi confusión... ¿Es exacto

lo que escucho?

MARQUÉS

Me precisa
a salir de Cádiz hoy...

ALBERTO

¿Y esa marcha repentina...
Magdalena?...

MAGDALENA

Me acompaña.

(MAGDALENA sale de su habitación de sombrero. Trae una carta en la mano.)

ALBERTO

(¡Ella!)

MAGDALENA

(¡Cielos!)

DON JUAN

(¡Pobre niña!)

(ALBERTO se acerca a MAGDALENA, que desliza en su mano la carta cuyo sello va a romper ALBERTO, y ella le detiene. Él quiere hablar y ella con ademán suplicante, y enjugándose sus lágrimas le pide que calle; le estrecha la mano, que ALBERTO cede maquinalmente, y se agarra del brazo del MARQUÉS. Durante esta escena muda, DON JUAN se acerca al MARQUÉS y dice las breves palabras que indica el diálogo.)

(Me conmueven su belleza
y juventud.)

MARQUÉS

(¡Hija mía!)

DON JUAN

¿Señor Marqués, esa joven
acaso es de la familia
de usted?

MARQUÉS

No señor.

(A ALBERTO estrechando su mano que este abandona.)

Adiós.

(A MAGDALENA.)

¿Vamos?

MAGDALENA

(A ALBERTO con voz ahogada.)

¡¡Adiós!!!

(MAGDALENA saluda con la cabeza a DON JUAN, y éste le devuelve su saludo con el aire de un hombre que se halla bajo el dominio de un sentimiento penoso.)

DON JUAN

¡Señorita!...

Escena XII

DON JUAN.-ALBERTO.

ALBERTO

¿Es un sueño?

DON JUAN

(¡Pobre Alberto!

Oh si realmente esa niña

le amase)... ¿En qué piensas?

ALBERTO

Sí;

de una horrible pesadilla

soy la presa; mas leamos.

(Abre la carta y la lee con muestras de profunda desesperación, la arruga y la arroja al suelo, dejándose caer sobre una silla y cubriéndose el rostro con las manos.)

¡¡Ella dejarme!! ¡mentira!

DON JUAN

(¿Será acaso una coqueta?)

(Leyendo.)

«Adiós Alberto, su fe

»consagre a mejor objeto:

»de usted me aparta un secreto

»que jamás revelaré.

»No habrá para mí otra pena

»más amarga que su olvido:

»sin embargo yo le pido

»que me olvide.-Magdalena.»

ALBERTO

Tu funesta profecía
se cumplió. ¡No puede ser!
¡Ah! sí: que en formas divinas
su aliento inunde el infierno.

DON JUAN

¡Valor!

ALBERTO

¿Qué es valor? ¿Qué finja
cuando mis entrañas
despedazadas palpitan?
¡Ah!

(Arroja este grito fijando su vista en el balcón, al que se dirige procurando en vano DON JUAN detenerlo.)

DON JUAN

¡Se alcanza a ver el vapor!

¡Detente!

¡Ya de mi vista,
quizá por siempre se aleja!

DON JUAN

Mas oye...

ALBERTO

Adiós, necesita
mi alma estar sola.
(Entra precipitadamente en su habitación.)

DON JUAN

¿Qué extraño?
Es tan joven. Esa niña,
no se por qué pura, casta,
a mis ojos parecía.
¡Leamos, me distraerá,
la farsa de la política!

(Dice esto cogiendo un periódico que habrá sobre la mesa, y dejándose caer en una butaca.)

ACTO SEGUNDO

Salón de baile brillantemente iluminado. Entre los adornos habrá ramos de flores y otros accesorios que revelen la estación en que se supone que pasa la escena, que es la primavera. Este salón terminará en el fondo por una galería con columnas, por la que se verán pasar convidados, criados con bandejas, etc.-En ambos lados una puerta en primer término con cortinas, y en segundo una ventana.

Escena I

ELOÍSA.-Después ALBERTO.

(Al levantarse el telón, aparece ELOÍSA delante de un espejo, arreglando su tocado. A poco sale ALBERTO por la puerta de la derecha, y se detiene en su dintel. ALBERTO tiene el rostro pálido y con marcada expresión de disgusto e indiferencia, sentimiento que procura ocultar, según lo indica el diálogo.)

ELOÍSA

(Componiendo un ramo que tiene en el pecho.)

¡Acaso mejor sería
no haberme puesto estas flores;
son tan vivos sus colores,
que más bien... qué tontería!
(Con inocente satisfacción.)

Una señora casada
no debe en esto pensar.
Yo siempre le he de agradar
a Luis...

(Reparando en su hermano cuya imagen se refleja en el espejo.)

¡Ay qué mirada
tan triste que tiene Alberto!
(Volviéndose a él.)
Señor mío, buenas noches.

ALBERTO

Pensé que ruido de coches
había oído.

ELOÍSA

Sí por cierto.
Ya ha venido alguna gente;
mas no quien usted desea.

ALBERTO

¿Yo desear? ¿Es la idea

peregrina!

Ciertamente;

ELOÍSA

¿quién a un deseo a tus años
dará en el alma cabida?

¿Qué es más a esa edad la vida
que achaques y desengaños?

Yerta la sangre en las venas,
cuenta el alma, en su agonía,
las horas de cada día

por desencantos y penas.

En la tierra, en el espacio
no hay nada que ponga fin

a ese Byroniano spleen
que lo tiene a usted tan lacio.

¿No es verdad?

ALBERTO

Ya no es severo

tal juicio, es calumniador.

Yo me divierto.

ELOÍSA

¡Mejor!

¿Vas a echarla de ligero?

¿Piensas hacerme creer
que los bailes y paseos
son imán de tus deseos,
manantial de tu placer?

Aunque digas, pobre hermano,
que ya no puedes sentir,
algo noto yo latir

cuando pongo aquí la mano.

(Tocando el pecho de ALBERTO.)

Inundando ese latido

de gozo mi corazón,

que despierte a mi presión

el tuyo, que está dormido.

ALBERTO

Ingrato y torpe sería

si a tu cariño callase.

ELOÍSA

¡Qué poco oportuna frase
de vana galantería!
No se trata del cariño,
fraternal.

ALBERTO

Pues más, no acierto...

ELOÍSA

Pretendes en vano, Alberto,
engañarme. Eres un niño.

ALBERTO

(Sonriendo.)
No disputaré yo a usted
los fueros de su experiencia.

ELOÍSA

En ciertas materias, ciencia
nos da de Dios la merced
a las mujeres, y así
penetro en tu corazón
y en él leo la razón;
que te ha conducido aquí.

ALBERTO

Quizá te engañes.

ELOÍSA

No quiera
el cielo. Mas por tu vida
dime, Alberto: ¿así se olvida
una pasión verdadera?

ALBERTO

Así la negra traición
la sofoca en solo un día.

ELOÍSA

Mas deja...

ALBERTO

Ceniza fría

en el muerto corazón.

ELOÍSA

Ceniza que al soplo leve
de un grato recuerdo vuela,
y oculto fuego revela
lo que juzgábamos nieve.
Y ¡quien sabe si esa llama
el bien nos dará que huimos!
¡Quién sabe si maldecimos
a quien nos llora y nos ama.

ALBERTO

(Con ansiedad y alegría.)

¡Eloísa, tú quizás
has hablado...

ELOÍSA

Mi alma goza
al verte...

ALBERTO

¿Quién es?

ELOÍSA

(Mirando a la izquierda del fondo.)

Mendoza.

Sí...

ALBERTO

Ni una palabra más.

Escena II

DICHOS.-DON JUAN.

(DON JUAN saluda a ELOÍSA sin reparar en ALBERTO, que se apoya sobre una consola con aire pensativo.)

DON JUAN

Eloísa...

ELOÍSA

Bien venido.
Su promesa cumplió usted.

DON JUAN
Nunca hasta ahora dejé
de cumplir lo prometido.
¿Cómo cuando el cumplimiento
me ofrece placer y honor?
Ha seis meses que el amor
celebró su casamiento,
¿y a la fiesta faltaría
que la ventura de usted
recuerda?

ELOÍSA
¡Tanta merced!

DON JUAN
¿Aranjuez durante el día,
ha estado muy concurrido?

ELOÍSA
Hoy no he salido de casa:
hace ya un calor que abrasa.
¿Ha visto usted a mi marido?

DON JUAN
Le he saludado al entrar.
(Reparando en ALBERTO, que se adelanta a los
interlocutores.)
¡Calle!... ¡Tú aquí! ¿Esta mañana
no me dijiste?...

ALBERTO
A mi hermana
tampoco quise faltar.

ELOÍSA
(Aparte a DON JUAN)
(Eso es mentira.)

ALBERTO
Vi un tren
pronto a salir... las carreras
de caballos... lo que quieras.
En fin, me pareció bien

pasar esta noche aquí.

DON JUAN

¿Quién te pide explicaciones?

ALBERTO

¿Hay ya gente en los salones?

DON JUAN

No poca.

ELOÍSA

¿Vas allá?

ALBERTO

Sí.

ELOÍSA

¿Piensas bailar?

ALBERTO

No lo sé:

tal vez.

(A DON JUAN.)

¿Quién viene contigo?

DON JUAN

Enrique con otro amigo.

ALBERTO

Voy a buscarlos.

(Vase.)

Escena III

DON JUAN.-ELOÍSA.

DON JUAN

¿Por qué

tan extraño desconcierto

noto?...

ELOÍSA

Porque la mujer

tiene un inmenso poder;
aunque usted no quiera.

DON JUAN

¿Alberto
esclavo en otra cadena...

ELOÍSA

No, en la misma que llevaba.
Ama siempre a quien amaba.

DON JUAN

¿Qué dice usted?

ELOÍSA

A Magdalena.

DON JUAN

No puede ser.

ELOÍSA

Creo que sí.

DON JUAN

¿Le he hablado?

ELOÍSA

Pienso que no.

DON JUAN

¡Ni le hablará!

ELOÍSA

¡Qué se yo!
Pronto veremos.

DON JUAN

¿Aquí
está ella?

ELOÍSA

No: vendrá.
Yo le he escrito que viniese.

DON JUAN

¿Para?...

ELOÍSA
Para que la viese.

DON JUAN
¿Y él por eso?...

ELOÍSA
Vamos, ya
dio usted en el quid. Ha tres
días que a Madrid llegó.
Al punto le escribí yo,
y esta mañana, al Marqués,
Luis, pidiéndole atento
que viniese sin excusa
esta noche.

DON JUAN
¿Y si rehúsa
aceptar?

ELOÍSA
Presentimiento
tengo de que usted se engaña,
sí, que imagino que Dios,
porque se viesen los dos,
dispuso su vuelta a España.
Delicada en demasía,
ordenaron los extraños
médicos que a tomar baños
volviese a la Andalucía:
que se ve ya amenazada
su combatida existencia:
de su pasión la influencia
no está muerta; está callada.

DON JUAN
(Con ironía.)
¡Su pasión!

ELOÍSA
Pasión ardiente,
aunque usted no la comprenda.

DON JUAN
¿Qué?

ELOÍSA

La duda es una venda
que ver la luz no consiente.

DON JUAN

Un juicioso escepticismo
nos hace más claro ver.

ELOÍSA

El alma de la mujer
para usted es un abismo.

DON JUAN

Quizá sea el sentimiento
lo que me haga desear
que llegue Alberto a olvidar...

ELOÍSA

¿Y hay más imposible intento?
¡Olvidarla! El tiempo en vano
y la ausencia lo han querido
su amor aumenta escondido
de su pecho en el arcano.
Dice que le inspira enojos
hablar de su amante historia,
y al traerla a su memoria
brillan húmedos sus ojos.
Nada su inquietud serena,
hielo halla en cuanto toca,
y siempre vaga en su boca
el nombre de Magdalena.
¿Y piensa usted entre dos seres
que el mismo Dios así ha unido
interponer el olvido,
calumniando a las mujeres?

DON JUAN

Si un mal intento evitar...

ELOÍSA

¡Siempre juicios de esprit fort!
¿Qué mal existe mayor
que el de vivir sin amar?

DON JUAN

Disputar con una bella
no es cortés, y en tal asunto...

ELOÍSA

Quiere usted ya darle punto
porque está vencido.

(Se oye un carruaje y ELOÍSA corre a la ventana de la izquierda.)

¡Es ella!

DON JUAN

¿Quién?

ELOÍSA

¡Magdalena! ¡Fue mía
la victoria! ¡Qué elegante!
Voy abrazarla al instante.
Estoy loca de alegría.

(Sale corriendo por la izquierda del fondo.)

Escena IV

DON JUAN solo.-A poco, MAGDALENA.-ELOÍSA.-EI MARQUÉS.

DON JUAN

¡Otra vez esa mujer
en la senda se interpone
de Alberto. Si llega a hablarle...
¡Preciso es que yo lo estorbe
a toda costa! ¡Tal vez:
por ella vino esta noche!

(Entrando cariñosamente enlazada a MAGDALENA. El MARQUÉS los sigue.)

ELOÍSA

¡Qué hermosa estás!

MAGDALENA

¡Lisonjera!

ELOÍSA

Por mil diversas razones

no he podido cual quería
ir a Madrid. ¡Desde anoche
con una ansiedad te espero!
Mendoza ¿usted no conoce
(Presentandolos mutuamente.)
al señor Marqués del Soto?
Don Juan de Mendoza, el hombre
más escéptico del mundo
a pesar, un alma noble.

MARQUÉS
Las ideas del señor
desmentirán sus acciones.

DON JUAN
(¡Me confunde!)

MARQUÉS
Y no es extraño
que en estos tiempos que corren
en las sombras de la duda
tal vez la virtud se esconde.

DON JUAN
(¡Me avergüenza su bondad!)
Con injusticia supone
en mí, méritos y faltas
Eloísa.

ELOÍSA
Está la noche
modesta con demasía.

(El MARQUÉS y DON JUAN hablan entre sí.)

MAGDALENA
Y ¿por qué, di, de la corte
has salido tan temprano?

ELOÍSA
¿En la estación de las flores
quién se resigna allí a estar?
(Continúan hablando entre sí.)

DON JUAN
Sí señor: ha diez u once

meses que en Cádiz nos vimos.

MARQUÉS

Yo a épocas anteriores
me refiero. ¿Ha estado usted
en Cuba?

DON JUAN

Siendo muy joven.
(¿Sospechará?) Y de la honra
de tratar a usted entonces
privado estuve.

ELOÍSA

(Al MARQUÉS.)

¿Es cuestión
política la que absorbe
la atención de ustedes?

MARQUÉS

No.

¿Y Luis?

ELOÍSA

En los salones
recibiendo con mamá.
¿Llamaré...?
(Dirigiéndose a un tirador.)

MARQUÉS

Que se incomode
no es justo.

ELOÍSA

Mendoza, usted
que bien la casa conoce,
guíe al Marqués.

MARQUÉS

¡Tal favor!

DON JUAN

Con gusto estoy a sus órdenes.

MARQUÉS

Mil gracias.

(El MARQUÉS habla aparte con MAGDALENA y ELOÍSA.)

DON JUAN

(¿Sabrá el Marqué?...)

No: fuerza será que ignore
quien soy: de otro modo habría...
¡fatal recuerdo que impone
miedo a mi alma y vergüenza!)

MARQUÉS

Ella dirá.

(Con ELOÍSA.)

ELOÍSA

Aunque se enoje
se ha de quedar: yo lo exijo,
lo menos hasta las doce.

MARQUÉS

(A DON JUAN que estará sumido en la mayor absorción.)
Cuando usted guste.

DON JUAN

Le ruego
a usted, Marqués, que perdone.
Distraído...

MARQUÉS

No hay de qué.
(¿Dónde he visto yo a este hombre?)

Escena V

MAGDALENA.-ELOÍSA.

ELOÍSA

¡Con que tan pronto querías
retirarte! Se conoce
que ha muerto en ti el sentimiento
que unió nuestros corazones!
¡Ingrata! Después de aquella
pronta partida, a tu nombre
y el del Marqués veces mil
te escribí, explicaciones

pidiendo en vano.

MAGDALENA

Te ruego

Eloísa, que no toques,
ese asunto. Ve que sufro
amarguísimos dolores.

ELOÍSA

¿Y por qué, dime, a tu hermana
la causa de ellos escondes?
¿Confianza no te inspiro?

MAGDALENA

Secretos devoradores
hay que guarda el corazón
de sí mismo.

ELOÍSA

¿Tan enormes
serán tus penas? ¡Y quieres
que tranquila las ignore!

MAGDALENA

Hablemos de otra materia.
¿Eres feliz?

ELOÍSA

Que yo logre
dicha entera no es posible,
mientras que turben mis goces
las penas de los que amo.
¡Alberto!

MAGDALENA

(Con sobresalto.)
¿Cómo?

ELOÍSA

Dolores
sufre también, y el ingrato
también de mí los esconde.

MAGDALENA

(¿Me amará?) ¿Pero en tu estado
eres dichosa?

ELOÍSA

Veloces

lentos de placer los días
para mí serenos corren.

Completada mi existencia
con el que me dio su nombre,
pienso que mayor ventura
nunca mi pecho ambicione.

Tú no sabes, Magdalena,
qué ardiente y tranquilo goce
llena dos almas que unidas
fueron por castos amores
que en el ara Dios bendice.

¡Qué hermoso se mira entonces
el mundo! ¡Sentir al par
latiendo dos corazones!
¡Reír los mismos placeres,
llorar los mismos dolores!
¡De un ser que anima a dos seres,
la santa influencia doble,
confunde sus existencias
cual dos raudales que corren,
por solo un cauce que acaba
en el mar que los absorbe!

¿No es muy triste, Magdalena
que quien ventura tan noble
puede alcanzar en su pecho,
el germen de ella sofoque?

MAGDALENA

¡Es horrible!

ELOÍSA

¿Y qué motivo
tan poderoso hay que logre
sofocar el sentimiento
que anima a dos corazones?
¿Qué hay que venza un amor puro?

MAGDALENA

Eloísa, no destroces
más, por compasión mi pecho.

ELOÍSA

¿Lloras?

MAGDALENA

¡Preciso es que llora
en el seno de una amiga,
que ya oprimido se rompe
mi corazón!

ELOÍSA

¿Te he afligido?
Te pido que me perdones.

MAGDALENA

Eloísa: no imagines
que mi alma desconoce
tu pura intención: si callo,
si a tu amor no corresponde
mi afecto con tal reserva,
y el llanto miras que corre
por mis mejillas; comprende
de cuán duros eslabones
será la horrible cadena
que atroz silencio me impone.
(Sollozando.)

ELOÍSA

¡Magdalena! ¡amiga mía!
yo respeto las razones
que te obligan a callar.
¡No me hagas caso! ¡no llores
más por Dios! ¿Lo ves? ¡También
amargas lágrimas corren
de mis ojos! Qué, ¿no sabes
que soy una loca? Esconde
el motivo de tus penas.
¿A qué saberlo? ¡En mejores
días con usura el cielo
las pagará! ¿Oyes? ¡Ya rompe
el baile! Al salón corramos.

MAGDALENA

No ¡mi emoción se conoce
demasiado todavía!

ELOÍSA

¿Y qué importa? En canto doble
te comunica. Ven pues.

MAGDALENA

No: terno que me sofoquen
la luz, el calor. Aquí
te esperaré.

ELOÍSA

Pues entonces
yo me quedaré contigo.

MAGDALENA

Está muy mal que se note
ahora tu ausencia. A cumplir
ve los deberes que impone
tu carácter de señora
(Con cariñosa ironía.)
de la casa.

ELOÍSA

No te mofes,
que son penosos por cierto.
En cuanto dé en los salones
dos vueltas, torno por ti.
¿Querrás, ya, venir entonces?,

MAGDALENA

Sí.

ELOÍSA

Dame un beso. ¡Qué fea
que estás! ¡Ea! ¡que no me enojés
llorando más! A cumplir
marcho mis obligaciones.

Escena VI

MAGDALENA.-Después ALBERTO.

MAGDALENA

¡Sí; quiero sola estar! Lejos del mundo
que con su alegre estruendo me fatiga.
Aquí apoyada bañará mi frente
el blando rayo de la luna amiga.
¡Ay! ¡con más libertad respira ahora

mi seno comprimido,
y reanimarse el corazón ya muerto
parece con la esencia de las flores!
Así puedo vivir. ¡Cielos! ¡Alberto!

(Al terminar el ultimo hemistiquio repara en ALBERTO, que aparece por la izquierda del fondo.)

ALBERTO
(¡Es ella!) Señorita, usted perdone
que haya con mi presencia interrumpido...

MAGDALENA
¡Interrumpir! ¿Por qué? Me ha sofocado
el calor del salón, y a esta ventana
me asomé a respirar el aire libre.
¡Hermosa está la noche!

ALBERTO
¡Muy hermosa!
Y antes quizá que luzca la mañana
la veremos oscura y borrascosa.

MAGDALENA
¿Borrascosa? ¿Por qué?

ALBERTO
¡Está sujeta
cual todo a variar! ¿Qué no varía?

MAGDALENA
(Disponiéndose a marchar.)
Me retiro si usted...

ALBERTO
(Con creciente sarcasmo.)
Qué, ¿tan inquieta
está usted por bailar?

MAGDALENA
¡Sí! (¡Qué agonía!)

ALBERTO
No podrá usted ahora, que ha ya tiempo
que empezó el rigodón; pero otra danza
la orquesta anunciará en breves instantes.

No pierda usted del goce la esperanza,
no faltarán ni polkas ni danzantes.

MAGDALENA

(Con ironía dolorosa.)

Pues en tal caso, esperaré impaciente
el ansiado momento en que de nuevo
el baile rompa; pero ¿usted indolente
renuncia a ese placer? ¿no me acordaba
de que es usted fanático enemigo

(Con risa sardónica.)

de los bailes! ¡Ah! ¡ah!

ALBERTO

Así pensaba

en un tiempo, sin duda; pero ahora
ansia indecible de bailar me aqueja.

MAGDALENA

(Afectando ligereza.)

¿Es posible?

ALBERTO

No ha mucho que valsaba
con delicia en los brazos de una vieja.

MAGDALENA

¿Delira usted?

ALBERTO

¡Oh! ¡no por vida mía!

¡¡y al arrastrar un giro acompasado
su cuerpo, como un buque empavesado,
me juzgaba feliz y me reía!!

MAGDALENA

*¡Alberto!

ALBERTO

*Y me decía:

*Diamantes, flores, lazos,

*objeto del amor de las mujeres,

*al compás de la música en mis brazos

*os hago voltear a mi capricho.

*Una vez os domino. ¿Qué me importa

*que recuerde cincuenta o más abriles,

*la beldad que a mi yugo os avasalla?
*¡Acaso me asegura
*eso mayor poder: quizá no mientan
*los empañados ojos que derraman
*miradas de decrepita ternura!

MAGDALENA

¿Por qué así calumniarse?

ALBERTO

¡Usted extraña
que ame los bailes yo! ¡Y quién podría
sin entusiasmo contemplar la turba
ruidosa de galanes y doncellas,
que se inflama brincando en esas salas
tan necios ellos como impuras ellas!

MAGDALENA

(Reprimiendo débilmente su emoción.)
Es usted exigente en demasía.
¿Por qué satirizar con tal sarcasmo
el ajeno placer? ¡Quizá contento
fingen muchos allí, al par que sufren
devorador tormento!

ALBERTO

¿Y quién podrá dudarle? ¡Almas sensibles
por do quier se encuentran! usted misma
quizá oprimida por oculta pena...

MAGDALENA

(Procurando ocultar su llanto y emoción.)
¡Yo sufrir!... ¡Qué locura! ¡Soy... dichosa...
como nadie en el mundo!

ALBERTO

(Pasando con violento contraste a la expresión del amor y
sobresalto.)
¡Magdalena!

MAGDALENA

(¡Ay yo muero!)
¿Usted llora?

MAGDALENA

(Tratando de ahogar sus sollozos.)

¡Yo! sonrío.

ALBERTO

Sonrisa amarga que me causa espanto.
Mi corazón sediento de ese llanto
lo reclama. ¡Sí, sí! ¡Tu llanto es mío!

MAGDALENA

(¡Aun me ama!)

ALBERTO

¡Dos años, Magdalena,
de casto amor; de adoración tan pura,
que pienso que tu madre desde el cielo
bendijo mi ternura,
no se olvidan jamás! ¡Es imposible
que tú que engrandeciste el alma mía,
me engañases!

MAGDALENA

¡Alberto ese lenguaje!...

ALBERTO

Lo dicta el corazón. ¿Acabe el vano
cruel sarcasmo que inspiró el orgullo;
sentir yo orgullo y derramar tu lloro?
¿lo creíste verdad? No ¡aquí no late
más que amor! Magdalena, yo te adoro.

MAGDALENA

(¿Por qué no muero ahora?)

ALBERTO

Dime, dime.
ese fatal motivo misterioso
que de mi lado te arrancó aquel día
en que amado de ti fui tan dichoso.
¿Pero no, a qué saberlo? Que me amas,
que hago latir tu seno todavía.
¿Dime, qué importa lo demás? ¡no es cierto
que no me engaña el alma que me grita;
que siempre fue tu corazón de Alberto!

MAGDALENA

¡Siempre! ¡siempre lo fue! ¡Y ahora palpita
más que nunca de amor! ¡Si mi honda pena,

si mi pasión, Alberto, contemplaras
no me hicieras sufrir!

ALBERTO

¡Ah! ¡Magdalena!

*perdón, perdón por mi delirio ciego.

*¿Quién bañó con la hiel de la ironía

*mis labios que temblaban de ternura?

*no es verdad que me amas, alma mía?

MAGDALENA

(Con abandono.)

*¡Sí! ¡te adoro!

ALBERTO

*¿Qué vale la amargura

*que el desaliento horrible que mi alma

*en tu funesta ausencia han devorado?

*¿Qué los rigores de contraria suerte?

*¡Yo apetezco el dolor! ¡yo le bendigo!

*¡¡él me hará, Magdalena, merecerte!!

MAGDALENA

No me atiendas, Alberto, que mi boca,
un horrible deber hora quebranta.

¡No me hables, por Dios! ¡me vuelves loca!

¿te he dicho que te amo? ¡sí, lo dije,

por que yo... te idolatro!

ALBERTO

¡Vida mía!

MAGDALENA

Ya de nada me acuerdo: di, ¿no es cierto

que Dios de mi penar compadecido,

todo me manda que lo dé al olvido?

ALBERTO

¡Todo menos mi amor!

MAGDALENA

Escucha, Alberto.

(ENRIQUE aparece por el fondo acompañado de varios jóvenes.)

MAGDALENA

(¡Cielos! ¿qué miro? ¡Enrique!)

ALBERTO

¡Magdalena!

habla. Pendiente de tu voz mi alma,
en ti vive mi ser.

MAGDALENA

(¡Siempre ese hombre!)

ALBERTO

¿Qué te detiene?

MAGDALENA

(Con dolorosa contracción.)

Alberto... es un delirio
que recordemos tiempos que pasaron
para siempre.

ALBERTO

(Con sorpresa.)

(¡Qué escucho!)

MAGDALENA

(¡Qué martirio!)

Ensueños nuestras almas abrigaron,
que sin piedad las horas destruyeron.

ALBERTO

¿Y las protestas de tu fe?

MAGDALENA

¡¡Mintieron!!

ALBERTO

(Con desesperación creciente.)

¡Me harás enloquecer!

MAGDALENA

(Mirando con zozobra a los que llegan.)

Ni una palabra...

ALBERTO

No es posible callar, yo necesito
mi corazón librar de la cadena
con que este amor lo esclavizó maldito.

MAGDALENA

(Suplicante.)

¡¡Silencio!!

(ENRIQUE y los que le acompañan entran en la escena.-ALBERTO al verlos se aparta bruscamente de MAGDALENA, quedando en primer término aislado y sumido en la más profunda abstracción.)

Escena VII

DICHOS.-ENRIQUE.-CONVIDADOS.

ENRIQUE

(Dirigiéndose a MAGDALENA.)

Triste el salón

sin la presencia se nota

de usted.

MAGDALENA

Buscando a Eloísa

vine, y allí vuelvo ahora.

ENRIQUE

(Ofreciéndoselo con la acción.)

¿Quiere usted el brazo?

MAGDALENA

Mil gracias.

(MAGDALENA rehúsa el brazo de ENRIQUE y saludando a los convidados que le abren calle, sale por el fondo arrojando una mirada dolorosa a ALBERTO, que no repara en ella.)

Escena VIII

DICHOS, menos MAGDALENA.

CONVIDADO 1.º

La chica es encantadora.

ENRIQUE

¿No la conocías?

CONVIDADO 2.º

No.

CONVIDADO 2.º

Merece bien tan absorta
tener la atención de Alberto.

ENRIQUE

Pero es por demás incómoda
ya tanta absorción.

ALBERTO

(¿Enrique
la conoció antes de ahora?
¡su expresión!...)

CONVIDADO 1.º

(A ALBERTO poniéndole la mano sobre el hombro.)

¿Por qué así huyes
del lado de las hermosas
del salón?

CONVIDADO 2.º

Siempre tan triste
desperdiciando tus horas
con un recuerdo.

ENRIQUE

Ese amor
ya en extravagancia toca.

CONVIDADO 1.º

¡Habiendo tantas mujeres,
pensar siempre en una sola!

ENRIQUE

Y con leve diferencia
da lo mismo una que otra.

CONVIDADO 2.º

La cuestión de un no o un sí
suele ser cuestión de horas.

ENRIQUE

O del grado de calor
que se respira en la atmósfera.

ALBERTO

¡Voto al diablo! ¿A qué venís
con esa charla enfadosa?
¿Ignoro yo por ventura
que es el amor cual la ampolla
de jabón que forma el niño
con el aire de su boca?
Flota a sus ojos brillante,
el iris la tornasola
con sus colores, y ciego
se olvida de que es su obra.
Ansía cogerla, mas luego
que contento la aprisiona
en breve punto de espuma
entre sus dedos se torna.
Llora un instante, pateo;
mas después la caña toma
y el jabón, y a centenares
derrama nuevas ampollas.

TODOS

(Riendo.)

*¡Ah! ¡ah!

CONVIDADO 1.º

*¡Bravísima idea!

ALBERTO

*Y verdadera. Allá en horas,
*de las que apenas me acuerdo,
*inocente, candorosa,
*o necia, quiso mi alma
*también hacer sus ampollas.
*¡Yo pensé! ¡qué pensamiento!,
*en coyunda encantadora
*un solo ser de dos seres
*formar, y al ver mi ilusoria
*pretensión desecha, ansié
*matar, morir: con voz ronca
*hasta el cielo maldecía
*y... ¡qué se yo! Pero ahora
(Con risa sardónica.)
*¿no me veis? ¡ah! ¡ah! bien sé

*que las penas amorosas
*que da una mujer, se curan
*con las caricias de otra,
*que con la espuma del vino
*las lágrimas se evaporan
*y los gemidos se acallan
*con el tintín de las copas.

ENRIQUE

Me agrada que en la materia
tu talento se conozca
que las mujeres, Alberto,
las pasiones amorosas
no comprendan que en el alma
cifran su vida y su gloria.

CONVIDADO 2.º

De constancia no conozco
ninguna merecedora.

CONVIDADO 1.º

La que más amor nos tiene
ama más su guardarropa.

ENRIQUE

Como que es el arsenal
de sus armas de victoria.
Y por Dios que no comprendo
que adoración misteriosa
al corazón se pretende
excitar con una blonda
que mal cubre un blanco pecho;
con la nagua crujidora
que en sus contornos dibuja
la cintura que aprisiona,
¡Corazón! ¡sus ademanes,
sus miradas melancólicas,
sus palabras, todo en ellas
granos de encendida pólvora,
es que arrojan los nervios
del sandio que las adora!

CONVIDADO 1.º

¡Ay del pobre que imagina
ver en ellas otra cosa!

ENRIQUE

*¡Qué inútil y tristemente
*su vida y tiempo derrocha
*quien, presa de eso que llaman
*pasiones devoradoras
*de impalpables emociones,
*la correspondencia implora!

ALBERTO

¡Tal vez!...

ENRIQUE

El amor dramático
les halaga un par de horas;
dura más, y es su juguete:
su burla si se prolonga,
y con el tedio le ahuyentan
si sobrevive a la mofa.

ALBERTO

Sí; tienen el corazón...

CONVIDADO 1.º

Como el de cristal de roca,
duro y brillante.

ENRIQUE

Y en tanto
que desdeñado las llora
el amador novelesco,
frutos positivos logra
quien conoce lo que valen
y...

ALBERTO

(Con violencia.)

¡Qué!

ENRIQUE

No las enamora
con suspiros ni miradas.

ALBERTO

(Reprimiendo su ira.)

(¿Se burla?)

ENRIQUE

Quizá tú ahora
satisfecho te verías
si una marcha más ramplona,
pero útil, seguido hubieses.
Y no que acaso a estas horas
un beso apaga la risa
que tus amores provocan.

ALBERTO

(Con el mayor furor y dando una bofetada a ENRIQUE.)

¡¡Miserable!!

(En el momento de recibir, ENRIQUE el golpe, quiere arrojarse furiosamente sobre ALBERTO. Todos se interponen entre ambos y los sujetan hasta la salida de ALBERTO.)

CONVIDADO 1.º

¡Enrique!

CONVIDADO 2.º

¡Alberto!

ENRIQUE

(Luchando.)

¡Soltadme! La ira me ahoga.

CONVIDADO 2.º

(A ALBERTO con tono de reconvención.)

ENRIQUE

¿A un amigo?

¡Soltad!

ALBERTO

Basta.

Inútil y escandalosa
sería aquí ahora una escena.

CONVIDADO 1.º

Mas, satisfacción honrosa
fuerza es que des...

CONVIDADO 2.º

Que motives...

ALBERTO

Mis palabras, ni mis obras
nunca explico: las sostengo.

ENRIQUE

Eso quiero.

ALBERO

Mi persona
y mis testigos dispuestos
se encuentran ya desde ahora;
esperaré en los salones.
(Vase.)

CONVIDADO 1.º

(A los demás.)

Sigámosle por si notan
que está alterado, ahuyentar
las sospechas. (Voy a toda
la reunión a referir
el lance.)

Escena IX

ENRIQUE.-CONVIDADO 1.º

CONVIDADO

¿Se vio más loca
y extraña acción?

ENRIQUE

Es preciso
que, apenas raye la aurora,
nos batamos.

CONVIDADO

¿Bien: qué armas?

ENRIQUE

¿Armas? florete o pistola,
sable no; quiero matarlo.

CONVIDADO

¿Mas tú?...

ENRIQUE

Le planto a una mosca
un balazo, y el florete
mejor lo manejo. Sola
una condición impongo,
y tiene que ser forzosa...

CONVIDADO

¿Cuál?

ENRIQUE

Que uno de los dos
quede en el terreno. Ahora
habla tú con sus padrinos.
Si se escoge la pistola,
que sea cerca.

CONVIDADO

Veinte pasos.

ENRIQUE

Quince es mejor. Me sofoca
la sed de sangre.

CONVIDADO

Alguien viene.

ENRIQUE

Huyamos no sea algún cócora.

Escena X

Vanse por un lado de la galería del fondo, y por el opuesto entran MAGDALENA y el MARQUÉS.

MARQUÉS

¿Mas, segura estás de ello?

MAGDALENA

¡Sí, sí; no me cabe duda,
deben batirse! ¡En las salas,
toda la reunión se ocupa
en hablar de ello! ¡Me ahogo!

MARQUÉS

Calma, por Dios, esa angustia.

MAGDALENA

Pero, ¿no es verdad, señor,
que es horrible, que es injusta
esa costumbre? ¡Batirse
él, de alma noble y pura
con Enrique! Y si su acero
con el de Alberto se cruza,
dirán que es hombre de honor!

MARQUÉS

Si evitarlo se procura...

MAGDALENA

¡Y si lo mata, dirán
que supo vengar su injuria!

MARQUÉS

Oye, hija mía.

MAGDALENA

¡Matarlo!
¿no es posible que se cumpla
tal atentado! ¡Yo debo
impedirlo! Si mis súplicas,
si mi llanto no lo alcanzan,
entonces...

MARQUÉS

A la ternura
de tu amor no creo posible
que resista. De la tumba
tu misma madre te ordena
que Alberto sepa tu pura
pasión: ¡el cruel sacrificio
que te impusiste, concluya!

MAGDALENA

¿Revelarle?...

MARQUÉS

Lo reclama
su vida; no tu ventura.

MAGDALENA
¡Salvarlo! Salvarlo debo.

MARQUÉS
Tú, de tu amor lo asegura;
de lo demás yo me encargo.
Eloísa...

MAGDALENA
Sí, que juntas
sus súplicas con las mías
alcancen...

MARQUÉS
¿Qué te conturba?

MAGDALENA
Él se acerca con Mendoza.

MARQUÉS
Sí.

MAGDALENA
Permita usted que oculta
aquí escuche lo que dicen.

MARQUÉS
Pero...

MAGDALENA
Vuele usted en busca
entretanto de Eloísa.

MARQUÉS
(Marchándose por el fondo.)
Ellos son.

MAGDALENA
(Ocultándose detrás de las cortinas de la puerta de la
derecha.)
¡Dios me dé ayuda!

Escena XI

DON JUAN.-ALBERTO.-MAGDALENA oculta.

ALBERTO

Crees en vano disuadirme.

DON JUAN

Pues es injusto ese empeño.

No tienes razón.

ALBERTO

¿Qué?

DON JUAN

Franco a ser me obliga mi afecto.

ALBERTO

¡Que razón me falta!

DON JUAN

Sí.

Y no estorbase yo el duelo,
de otro modo. ¿Qué motivo
pudiera impulsarme a hacerlo?

Creo que le matas y sé
que al atravesarle el pecho
alivias la humanidad
con un pícaro de menos.

Ya ves que por él no abogo.
Por ti sentiría, confieso,
que murieras; mas no olvido
que todo buen caballero
debe sostener sus actos...
¡Justo!

DON JUAN

Matando o muriendo.

A más sabes que la vida
estimo en muy poco. Lejos
estoy, pues, de combatir
tu propósito por miedo,
ni causas sentimentales;
mas exijo que este duelo
no se lleve a cabo.

MAGDALENA

¡Oh dicha!
él también se opone!

ALBERTO
Empeño
tenaz y vano es el tuyo;
morir o matarlo quiero.

DON JUAN
Sí; y manchado con su sangre
o en tierra cadáver yerto,
serás la mofa y ludibrio
de todos.

ALBERTO
¿Qué dices?

DON JUAN
Ciego
tu pasión te tiene. Enrique
no quiso ofenderte.

ALBERTO
Pero...

DON JUAN
Esa mujer es indigna
de tu amor.

ALBERTO
(Con furor.)
Mentira.

MAGDALENA
(Avanzando con espanto.)
(¡Cielos!)

DON JUAN
Pues que a decirlo me fuerzas,
pues que ya no hay otro medio
sabe que es...

ALBERTO
¿Qué?

DON JUAN

La querida
del Marqués...

MAGDALENA
¡¡¡Jesús!!!

(Dice esto MAGDALENA cayendo a plomo en el suelo. Al pronunciar DON JUAN sus últimas palabras, aparecen el MARQUÉS y ELOÍSA por el fondo. El primero avanza con aire amenazador hacia DON JUAN: pero al oír a MAGDALENA, vuela en su socorro con ELOÍSA. ALBERTO queda anonadado al oír las palabras de DON JUAN, da un grito y se cubre el rostro con las manos: a la voz de MAGDALENA se vuelve a ella con aire delirante, hasta despertarlo de su estado la del MARQUÉS.)

ALBERTO
¡Oh!

ELOÍSA
¡Cielos!
¡Magdalena!

MARQUÉS
¡Muerta!

ALBERTO
(Con espantosa angustia.)
¡Muerta!
¡Oh rabia!
(Volviéndose con aire amenazador a DON JUAN, que
estará aterrado.)

ELOÍSA
(Reclinada sobre MAGDALENA.)
Su pecho, siento
que late.

ALBERTO
¿Por qué la vida
me salvaste que aborrezco?

(Dice esto dirigiéndose a DON JUAN, y sale desesperado por el fondo.)

DON JUAN
(Con aire de extravío mental.)
¡¡Muerta!!

(ELOÍSA toca una campanilla y aparecen dos criados.)

MARQUÉS
(Estrechando entre sus manos las de MAGDALENA.)
¡Hija mía!

ELOÍSA
(A las criadas.)
Ayudadme:
voy a llevarla a mi lecho.

(Al MARQUÉS.)

(Toda esta escena debe hacerse con la mayor prontitud posible. ELOÍSA y sus criadas entran a MAGDALENA por la puerta y el MARQUÉS se dirige hacia DON JUAN, que al escuchar su voz alza la cabeza con espanto.)

Escena XII

DON JUAN.-El MARQUÉS.

DON JUAN
(Hablando consigo mismo.)
(¡Qué horror!)

MARQUÉS
Quiso usted evitar
un duelo, y quiso la suerte
que otro duelo, pero a muerte,
tenga ahora mismo lugar.

DON JUAN
¡Un duelo!

MARQUÉS
Sí, entre los dos.

DON JUAN
¡Nunca!

MARQUÉS
¡Qué! ¿Tiembla su mano?
¡pues firme la de este anciano
está, que la mueve Dios!

DON JUAN
¡Imposible!

MARQUÉS
Y vano alarde
querrá hacer de caballero
un calumniador grosero
que retrocedo cobarde.
¿Y a desdeñar la merced
se atreve que hago extremada
de cruzar con él mi espada!

DON JUAN
¡Oh, basta!

MARQUÉS
¿Y vacila usted,
debiendo ser su destino
morir...?

DON JUAN
(¡Vergonzoso yugo!)

MARQUÉS
¿Con el dogal del verdugo
o el puñal del asesino?

DON JUAN
(Con furor mal reprimido.)
¡Señor Marqués!

MARQUÉS
(Andando dos pasos hacia el fondo.)
Eso quiero.
Innecesario es buscar
testigos.

DON JUAN
No puedo alzar
contra usted mi brazo.

MARQUÉS
Pero...

DON JUAN
Tal pensamiento me espanta.

MARQUÉS

¡Oh!... pero yo necesito
tu vida...

DON JUAN

Contra ella un grito
de la tumba se levanta.
Nada al suelo la encadena
es de usted: la muerte quiero.
Mas esgrimir un acero...
¡Oh, jamás!

MARQUÉS

¿Y Magdalena!...
Su virtud venganza pide;
sin ella no tendré calma.

DON JUAN

¡Su virtud!

MARQUÉS

¡Hija del alma!
De la vida se despide
quizás. ¡Ella, mártir pura!

DON JUAN

¡Mártir! ¡Hija!... Mas mi labio
al decir...

MARQUÉS

Al torpe agravio
añadió horrenda impostura.
Sabe de vergüenza lleno,
cobarde, calumniador,
que la hija de mi amor,
le dio la vida en su seno.

DON JUAN

(Con un grito terrible.)
¡Ah! ¿Qué dice usted?... ¡¡María!!

MARQUÉS

¿Cómo?

DON JUAN

¡¡Terrible expiación!

MARQUÉS

¿Qué dices?

DON JUAN

(Cruzando las manos con el mayor dolor y desesperación.)

¡Perdón, perdón!

¡Magdalena es hija mía!

MARQUÉS

¡Tú su padre!... ¡Tú el villano
que a eterna deshonra y pena
me ha condenado!... ¡Y serena
revela tu alma el arcano
que ya tu muerte asegura!

DON JUAN

Verla y morir es mi anhelo.

MARQUÉS

Jamás; no concede el cielo
crimen tanta ventura.
Vil seductor de la madre
y de la hija homicida,
no escucharás en tu vida
el dulce nombre de padre.

DON JUAN

¡Compasión!

MARQUÉS

¡Vive sabiendo
que tu hija en orfandad
forzosa, su tierna edad
pasó su llanto bebiendo.
Que en vano llamando a un padre,
viviendo de amparo ajeno,
buscaba en extraño seno
las caricias de una madre.
Que más tarde, en su hondo afán,
tocó al instante de horror
en que se vende el honor
por un pedazo de pan.

DON JUAN

Del mundo y de Dios maldito
siento horror a mi existencia;
pero que yo en su presencia
pueda expiar mi delito.
¡Que me perdone!

MARQUÉS
¡Jamás!
Nunca emponzoñe tu acento
su postrero pensamiento.

DON JUAN
¡Ella morir!

MARQUÉS
Sí, quizás
abandono ya la tierra:
y tú la matas.

DON JUAN
¡Piedad!

(Va a entrar por la puerta de la derecha, y el MARQUÉS se le interpone.)

MARQUÉS
¡Atrás!

DON JUAN
¡Ay!

MARQUÉS
A la maldad
el cielo esta puerta cierra.

DON JUAN
(Cayendo de rodillas a los pies del MARQUÉS, que le
rechaza y dice entrando y cerrando tras de sí la puerta.)
¡La muerte, por compasión!

MARQUÉS
Tal ventura no te alcanza,
no; vive sin esperanza
de consuelo ni perdón.

(Cae el telón.)

ACTO TERCERO

Gabinete de reducidas dimensiones y lujosamente amueblado.-Una puerta a la izquierda en primer término. Otra a la derecha en el segundo. Otra en el fondo, por la que se distinguirán algunos muebles de la pieza que se supone contigua, que deber tener mucho fondo, terminando en otra puerta frente a la que de entrada a la escena, a fin de que los que vengan por esta parte sean vistos por el espectador mucho antes de entrar en escena. Un velador, sobre el que habrá un candelabro, cuyas bujías arden casi consumidas, y un pupitre de lujo, encima del que se notará una carta desplegada. A la derecha hay una ventana.

Escena I

DON JUAN.-ELOÍSA.

(DON JUAN aparece echado sobre una butaca, cubierto el rostro con un pañuelo y apoyado el codo en el brazo de la butaca, que estará junto al velador. Al levantarse el telón habrá un momento de pausa silenciosa. ELOÍSA sale por la puerta de la derecha, pasa por detrás de la butaca, entra por la de la izquierda sin hablar, y vuelve a salir, deteniéndose en su dintel. DON JUAN no sale de su abstracción hasta que ELOÍSA le dirige la palabra; al oírla, se levanta precipitadamente, y con el mayor afán le habla.)

ELOÍSA

(No me ha sentido: en cadáver
lo convierte su amargura.
¡Acaso llora!) ¡Mendoza!

DON JUAN
¿Vive?...
¿Cómo está?

ELOÍSA
Disfruta
de un sueño tranquilo.

DON JUAN
(Con espanto.)
¡Sueño!

ELOÍSA

¿Por qué esa expresión de angustia?
Duerme serena, y el médico
que no hay peligro asegura.

DON JUAN

¿De veras?... ¡Qué horrible idea
cruzó mi mente!

ELOÍSA

Que una
afección nerviosa solo
dice que ha sido, y no duda
que muy pronto acabará.

DON JUAN

¿Pero ella?...

ELOÍSA

A mi ternura
respondiendo su aflicción,
calmó en abundante lluvia
de lágrimas.

DON JUAN

¿Me maldice?

ELOÍSA

A Enrique es solo a quien culpa.
Piensa que usted repitió,
inocente, una impostura
por él forjada.

DON JUAN

¡Que al menos
si no ha de amarme nunca,
que no me aborrezca! ¡Cómo
pensará que una calumnia
se afirme que en la sospecha
más insensata se funda!
¡Ay que tarde de la fe
la clara llama me alumbra!

ELOÍSA

¿Qué dice usted?

DON JUAN

Dolorosos
a mi corazón se agrupan
mil perdidos sentimientos
que de mi olvido me acusan.
En el polvo mi soberbia,
roto el velo de la duda
que me cegaba: mi mente
analiza con pavor
mi pasado, y ansío amar.
¡Qué tarde!

ELOÍSA

No: no lo es nunca.
Las flores nacen, Mendoza,
en el borde de las tumbas,
en los secos arenales
brotan islas de verdura.

DON JUAN

¡En qué inefable consuelo
de usted el acento me inunda!
Debo esperar. ¿No es verdad?
¿Podré tener la ventura
no de estrecharla a mi pecho,
de verla...? ¡ay Dios! ¡De mi angustia
calmar con besar la huella
de su planta! ¡Que ella nunca
sepa que yo soy su padre,
en buen hora! ¡Que ninguna
afección sienta por mí!
Pero, al menos, que la pura
luz de sus ojos me anime
para llegar a la tumba
sin maldecir la existencia.

ELOÍSA

Sí, Mendoza, ¡Esa ventura
logrará usted!

DON JUAN

(Con gran ansiedad.)
¿Ahora?

ELOÍSA

(Con dolor y compasión.)
¡Cómo!

DON JUAN
(Con desaliento.)
Por ver si, mi pena endulza
usted me engaña.

ELOÍSA
El Marqués

DON JUAN
Y en tanto lágrimas surcan
sus mejillas.

ELOÍSA
¿Cómo no?

DON JUAN
¡Oh, yo también como nunca
he llorado y lloro aún!
Pero el dolor que me abrume
con nada calmarse puede.

ELOÍSA
Serene usted esa angustia.
Yo bien quisiera a su lecho
llevarle a usted; pero pugna
el Marqués por no moverse
de la cabecera.

DON JUAN
¿Y dura
su voluntad, aun se niega
a que la vea?

ELOÍSA
Sin duda
con el tiempo accederá.

DON JUAN
¡El tiempo!... ¿Y quién asegura
que yo lejos de la muerte
esté?

ELOÍSA
¿Por qué la amargura
aumentar que nos rodea

con tal pensamiento?

DON JUAN

Justa

la ira de Dios me condena
a no verla.

ELOÍSA

¡Qué locura!

Oiga usted. He visto a Alberto:

¡cual usted me dijo, ni una
palabra sobre su duelo
le hablé! no teniendo duda
de que usted ha de impedirlo,
pues...

DON JUAN

Eloísa, segura

esté usted en mi palabra.

No se batirá. (La tumba
a otro reclama.)

ELOÍSA

El suceso

le conté que el alma pura
revela de Magdalena.

DON JUAN

¿Y?...

ELOÍSA

Presa de amarga angustia

verla, llorando pedía;

yo lo impedí, y su amargura

fue a ocultar en su aposento.

DON JUAN

¡Qué tristemente renuncia

mi alma a ser padre de Alberto!

ELOÍSA

¡Quién sabe!... El reloj ya apunta

las cuatro.

DON JUAN

Sí.

ELOÍSA

Voy corriendo
a dar al Marqués ayuda
en su velada. Esperanza
abrigue usted. ¡No tan mustia
clave la mirada! Un beso
en nombre do la ternura
de usted daré a Magdalena.

DON JUAN

¡Ay Eloísa!

ELOÍSA

¿Y quién duda
que sentirá su alma ensueños
que besa su frente pura
su padre!... ¡Valor y fe,
que en ella el amor se funda!

(Vase por la puerta de la izquierda.)

Escena II

DON JUAN solo.-Permanece algunos momentos en silencioso abatimiento después de la salida de ELOÍSA, a quien habrá seguido con una mirada dolorosa al desaparecer de la escena. Luego, como despertando de su estupor, alza la cabeza, se dirige a la ventana y dice:

DON JUAN

¡Aún no despunta la aurora!
¡Qué noche!... ¡mi frente estalla!
¡Con mi ánimo batalla
inquietud devoradora!
(Frente a la puerta de la izquierda.)
¡Clavado aquí a mi despecho
no poderla contemplar
ni aun dormida, ni aspirar
el aliento de su pecho!
¡Esto es horrible, es impío!
¡Qué inexorable condena!
¿Quién mi corazón refrena?...
¿No soy su padre?... ¡Dios mío!
¡Su padre!... ¿Con qué derecho
quiero yo que así me llame?...

¿No soy también el infame
que la postró en ese lecho?
¿No soy quién a la inocente
que en mal hora el ser le dio
con su deshonra dejó
en desamparo inclemente?
¿Quién, de uno en otro exceso
vagando, ingrato no oía
a una niña que pedía
sollozante, pan y un beso?
¡¿Cómo pretendo el bendito
placer de verte, hija mía?!
(Alzando su vista al cielo.)
¡Dios me castiga! ¡¡María,

fue muy grande mi delito!!

(Pausa. Se dirige al pupitre, coge la carta, y mirándola tristemente dice.)

Tú mi crimen generosa
perdonaste: yo conmigo
siempre he llevado el testigo
de tu ternura piadosa.
(Pausa. Leyendo.)
«No es el amor ofendido;
»no es la virgen engañada
»que tiembla ante la mirada
»de su padre escarnecido,
»quién hoy, Mendoza, reclama.
»de tu alma un pensamiento.
»Me resigno a mi tormento,
»y quien desprecia, no ama.
»Una hija me dio el cielo
»y, por temor a mi padre,
»de los brazos de su madre
»La ha arrancado extraño celo.
»No temas que yo te aflija:
»yo te perdono mi ofensa;
»pero que eres padre piensa:
»ven a buscar a tu hija.»
¡Oh, me horroriza mi ser!
¡¡Y a este amargo desconsuelo
pude, corazón de hielo,
cobarde desatender!!
¡En qué sombras de impiedad
pase mi vida, que ahora

con cárdena luz colora
la severa realidad!

(Pausa.)

*Yo ansiaba el bien. ¡Yo era bueno!

*¡Era tan joven... y amé!

*y profanaron mi fe:

*llenaron de hiel mi seno.

*Y, perdida mi esperanza,

*caí al abismo profundo

*de la duda, y por el mundo

*vagué buscando venganza.

*Sin piedad, mi cruel tormento

*daba a inocentes mujeres,

*procurando en los placeres

*ahogar el remordimiento.

*Logrando astuto vencer

*la sorprendida ternura,

*profanaba la ventura

*en el altar del placer.

*Y seco hastío devoraba

*mi maldita juventud,

*sin pensar que en la virtud

*él bien perseguido estaba.

¡Oh! ¡Quién hizo así sus años

esclavos de la maldad

debe en honda soledad

morir con sus desengaños!

¿De Dios logrará clemencia

quién la negó en ira loca?

¡No! la creo ahora que toca

su término mi existencia.

Si, creerla necesito,

porqué es forzoso; la suerte

está echada, y de la muerte

me reclama el sordo grito.

¡Morir!...

(Con violento contraste mirando a la puerta de la izquierda.)

¡No! De Magdalena

es mi existencia... ¡¡no puedo!!

¡Yo tengo a la muerte miedo!...

(Cayendo de rodillas y cruzando las manos que eleva al
cielo.)

¡Dios mío, ve mi honda pena!

¡Que el dardo mi alma taladre

de tu justicia ofendida;

pero déjame la vida!

¡Sí, quiero vivir!... ¡¡Soy padre!!

(Pausa. Oculta su cabeza entre las manos, y así permanece algunos momentos hasta que entra el criado.)

Escena III

DON JUAN.-Un CRIADO.

CRIADO
(Entrando por el fondo.)
Señor...

DON JUAN
(Levantándose y componiendo su rostro.)
¿Quién es?

CRIADO
Por usted
pregunta con gran empeño
el señor...

DON JUAN
(Interrumpiéndole.)
Atiende. ¿Oíste
qué dijo al salir el médico?

CRIADO
No señor.

DON JUAN
(¿Me engañaría
Eloísa?)
(Pausa.)

CRIADO
El caballero
para quien llevé la carta
de usted, ha venido, y luego
dice que tiene que hablarle.

DON JUAN
(Con distracción.)
¿Está ahí?

CRIADO

Como que vengo
para anunciarle.

DON JUAN

Que pase.
Escucha. ¿Entró don Alberto
en su cuarto?

CRIADO

Ya ha una hora.

DON JUAN

¿Duerme?

CRIADO

La vela luciendo
está aún.

DON JUAN

Ve y di que pase
a ese señor.

(Vase el CRIADO.)

Escena IV

DON JUAN.-Después ENRIQUE.

DON JUAN

¡Oh qué inmenso
sacrificio hago en hablar
con el miserable! Debo
sin embargo... Si posible
fuese conseguir que al menos
fuera digno de perdón...
Mas si se resiste... ¡Cielos!

(Viendo a ENRIQUE que se adelanta por el fondo.)

¡Ya está ahí! Dame, Dios mío,
serenidad.

ENRIQUE

(Con aire enojado y provocativo.)

No comprendo
cómo me obligas a que
hasta aquí penetre.

DON JUAN
(Con manifiesta contracción.)
Alberto
no está.

ENRIQUE
Mas esta es su casa;
puede venir.

DON JUAN
Terminemos
escrúpulos. Mi cabeza
está muy débil. Te advierto
que quiero hablar poco.

ENRIQUE
Sea.
¿A qué me llamas? ¿Qué empeño
es el de hablarme? ¿Y cuál ese
gran obstáculo y secreto
para ir a verme?

DON JUAN
(Con solemnidad.)
Oye, Enrique.
¿No hay en tu mente un recuerdo?
¿No hay un ser en todo el mundo;
en tu alma un sentimiento,
que haga latir con ternura
tu corazón?

ENRIQUE
¡No te entiendo!
(Con insolencia.)
¡Qué lenguaje! ¿Tú estás loco?

DON JUAN
(Apartándose con enojo de ENRIQUE.)
No lo sé.

ENRIQUE
Pues vamos. Tiempo

no hay que perder. ¿Eres tú
quizá padrino de Alberto?
No temas que esto me agravie.
Entre amigos, bien comprendo
que tal servicio se presta
a aquel que llega primero.

DON JUAN

¡Servicios! El que a un amigo
cumplir le toca es el hierro
arrancar del torpe brazo
que a impulsos de un falso y necio
honor, criminal, impune,
pretende alzarse sangriento.
¡Abrir los ojos del alma
a quien despeñado y ciego
honrar la venganza intenta!

ENRIQUE

¿Qué dices? ¿Estás haciendo
un sermón? Pues ya ha pasado
la cuaresma. Veo que es cierto
lo de que el diablo se mete
a predicador.

DON JUAN

Dejemos
las burlas, Enrique. Piensa...

ENRIQUE

(Con enfado.)

¿Qué he de pensar? ¡Hay suceso
más extraño! ¿Qué te pasa?

DON JUAN

Acabemos.

ENRIQUE

Acabemos.

DON JUAN

Te llamo para evitar
el combate.

ENRIQUE

(Con insolente ironía.)

¿Qué?

DON JUAN
Mi intento...

ENRIQUE
(Sonriendo.)
Tú te chanceas.

DON JUAN
¡Enrique!

ENRIQUE
No te supongo tan necio
que pienses de buena fe
hacer aquí un drama tierno
de reconciliación.
A no ser que tengo miedo
Alberto...

DON JUAN
¡¡Cobarde él!!

ENRIQUE
No lo afirmo. Si sospecho
tuya es la culpa, que...

DON JUAN
(Con sarcasmo.)
¡¡Si!!
De cuánta bravura ejemplo
por el contrario daréis
cuando entrambos, sin aliento,
busquéis, la punta evitando,
el corazón descubierto.
¡Qué valor! ¡Sabes un golpe
que lince sea inútil el hierro
en el brazo del contrario;
lo acechas, y en el momento
en que tu cobarde astucia
te lo reduce indefenso,
lleno de valor! traspasas
seguramente su pecho.

ENRIQUE
¿Vas a plagiar a Rousseau

declarando que es el duelo
cosa indigna de un filósofo?
Pues por si acaso, te advierto,
que Juan Jacobo me da
con todas sus obras sueño.
Más que todas las razones
puede el honor.

DON JUAN

¿Qué derecho
para invocar ese nombre,
y aun a costa sostenerlo
de la vida, tiene quien
de la fe de sus abuelos,
de la honra de su madre;
del alma que hay en su seno
torpe duda? ¡Honor! ¡valor!
¡La raza que juzga estrecho
el mundo para gozar!
¡Que, por su vida temiendo,
niega su sangre a la patria,
al amigo, al tierno objeto
de su amor! ¡Quien con la risa
del sarcasmo o un silencio
imbécil, el heroísmo
acoge! ¡Cómo derecho
tendrá tan inútil ser
para esgrimir un acero
y verter sangre invocando
al honor!

ENRIQUE

Yo no me ofendo,
porque veo que te retractas.

DON JUAN

¡Es verdad! Pues bien, por eso
juzga ahora lo sinceras
que son mis palabras.

ENRIQUE

Pero...

DON JUAN

Sí: más tarde o más temprano
un rayo de luz el cielo

a la noche de las almas
envía. ¿Qué vencimiento
mayor para quien ofende
que el perdón? ¡Oh y así el precio
o una vida no calculas?
¡Qué! ¿no piensas que en el suelo
lazos puros la sujetan?
¡Que en llanto amargo deshechos
otros seres su mirada
de ti huirán!

ENRIQUE

Basta. Acabemos.

Yo no sé si desvarías,
pero te digo, que Alberto
me ha ultrajado, y es forzoso
que ese ultraje tenga término
con su vida.

DON JUAN

(Con furor mal reprimido.)

¿Con que en vano
violentar mis sentimientos
pretendí, evitando un crimen?

ENRIQUE

En vano.

DON JUAN

Pues bien. Primero
sabe que es pagar ofensas
que vengarse.

ENRIQUE

No te entiendo.

DON JUAN

¡Dios lo quiere! Demasiado
conocer debí que necio
era pretender en ti
despertar un sentimiento
humano.

ENRIQUE

¿Qué? ¡Tal lenguaje!

DON JUAN

Basta: palabras ahorremos.
¿A qué hora tus padrinos
han dicho que en el terreno
se haya de estar?

ENRIQUE

A las ocho.

DON JUAN

Pues ve a buscarlos corriendo,
y di que los necesitas
a las seis, para otro duelo.

ENRIQUE

¿Cómo?

DON JUAN

Has de satisfacer
un antiguo, agravio.

ENRIQUE

¿Pero
a quién?

DON JUAN

Allí lo verás.

ENRIQUE

Mas sin saber...

DON JUAN

(Con desprecio.)
¿Tienes miedo?

ENRIQUE

¡Miedo yo!

DON JUAN

Gente se acerca.

(Dice esto volviéndose hacia la puerta de la derecha, e indicando a ENRIQUE que salga por la del fondo: éste en el momento de salir tiende su mano a DON JUAN y éste retira la suya con altivez y dice:)

DON JUAN

Te la daré en el terreno.

(ENRIQUE vacila un instante con aire amenazador, y sale por el fondo.)

Escena V

DON JUAN.-ALBERTO.

DON JUAN

¡Dios lo ha querido! ¡es forzoso,
es justo que se destroce
mi pecho, dejando al mundo
sin que su labio me nombre!
Escribamos al Marqués.

(Se dirige al pupitre, y en el momento de tomar la pluma aparece ALBERTO por la puerta, de la derecha. DON JUAN se levanta al verlo y estrecha su mano.)

DON JUAN

¡Alberto!

ALBERTO

¿Será que estorbe?

DON JUAN

No.

ALBERTO

¡Qué pálido tu rostro
está!

DON JUAN

Los negros dolores
que me oprimen sabes.

ALBERTO

Sí:
son tan grandes que me imponen
el silencio.

DON JUAN

Alberto, escucha:
¿será que mi pecho logre
tu perdón?

ALBERTO
¿Cómo negarlo
a quien tanto sufre!

DON JUAN
Enorme
es nuestro pesar.

ALBERTO
Ahora
imagino que no estorbes
que me bata.

(Al oír estas palabras, DON JUAN fija su vista en el reloj y dice con la mayor inquietud.)

DON JUAN
¡Ya las cinco
y cuarto son!

ALBERTO
¿Ese hombre
qué hora señaló?

DON JUAN
Las ocho.
Mas da al instante lo orden
de que enganchen.

ALBERTO
¿Cómo?
(Toca una campanilla y habla con un CRIADO.)

DON JUAN
Tengo
que ir yo a la casa del conde,
tu padrino.

ALBERTO
¿Para qué?

DON JUAN
Para... algunas condiciones
arreglar. Yo volveré
por ti.

ALBERTO

Qué no te demores
demasiado. ¿No tenías
que escribir?
(Viendo que DON JUAN se dispone a salir.)

DON JUAN
Sí; pero al conde
quiero hablar pronto. En su casa
escribiré.

CRIADO
(Saliendo por el fondo: se va al instante después de recoger
el candelabro: comienza a amanecer.)
Di la orden.

DON JUAN
Adiós, Alberto.

ALBERTO
(Estrechando su mano.)
¿Llorando
estás?

DON JUAN
¿Qué mucho que llore!
¡Sufro tanto! (¡Magdalena
(Frente al cuarto de su hija.)
Si tu espíritu me oye
recibe mi adiós postrero
hija de mi alma!)

ALBERTO
(¡Pobre
padre!)

DON JUAN
Si la ves, Alberto,
consuela tu sus dolores
con tu amor. ¡Qué feliz eres!
¡Te ama! ¡Oh cómo corre
el tiempo!

(La escena se llena de luz.)

ALBERTO
Adiós, vuelve pronto.

DON JUAN
Sí, sí. (Que Dios me perdone.)
(Vase.)

Escena VI

ALBERTO.-ELOÍSA.

ALBERTO
¡Qué agitación! Mas ¿qué extraño?
¡sufrir tan tremendo golpe!

ELOÍSA
Alberto, vengo a buscarte
de Magdalena en el nombre.

ALBERTO
¡Qué dices!

ELOÍSA
Hablarle quiere.
Ten presente que no note
que sabes quién es su padre,
pues el Marqués que lo ignore
siempre quiere.

ALBERTO
Mas...

ELOÍSA
Se acercan.

ALBERTO
(¡Ay mi corazón se rompe!)

Escena VII

DICHOS.-MAGDALENA.-EI MARQUÉS.

(MAGDALENA sale apoyada en el brazo del MARQUÉS, ésta vestida de blanco y el cabello recogido descuidadamente. ELOÍSA y ALBERTO se retiran, de modo que los nuevos interlocutores no reparen en ellos al entrar y dirigirse lentamente a la ventana.)

MARQUÉS
¿Te sientes bien?

MAGDALENA
¡Muy bien, y me consuela
tanta luz de sol! ¡Qué hermoso día!

(ELOÍSA se acerca a ellos seguida de su hermano.)

ELOÍSA
¿No es verdad que revela
el alba una esperanza de alegría?

MAGDALENA
¿Tú aquí ya? (¡Y él!)

MARQUÉS
Adiós, Alberto.
¿Usted de pie también tan de mañana?

ALBERTO
Sí señor; que huyó el sueño de mis ojos
esta noche.

ELOÍSA
Marqués: un pensamiento
se me ocurre. ¿Al jardín acompañarme
querrá usted?

MARQUÉS
¿Por qué no?

ELOÍSA
(A MAGDALENA.)
Como tú bellas
se abren las flores al nacer la aurora.
¡Su aroma te hará bien! Verás que ramo
te trae (de tu amor la embajadora.)

MARQUÉS
Vamos pues.

ELOÍSA
(Al MARQUÉS con aire de connivencia.)
A mi hermano de enfermero
dejaremos.

MARQUÉS

Sea así.

MAGDALENA

(A ELOÍSA con cariño.)

¡Qué buena eres!

(¡Dame fuerzas Dios mío!)

ELOÍSA

Adiós. Con gran cuidado he de cogerlas

porque guarden las gotas de rocío;

aquí te ceñiré, flores y perlas.

(Besándola en la frente.)

(ELOÍSA sale por el fondo del brazo del MARQUÉS: al llegar a la puerta vuelven ambos la cabeza, para contemplar a MAGDALENA y ALBERTO. Estos han quedado separados. Él en el instante que desaparecen su hermana y el MARQUÉS se dirige a MAGDALENA.)

Escena VIII

MAGDALENA.-ALBERTO.

ALBERTO

¡Magdalena! ¡Perdón! Perdón si pude
dudar de ti un instante.

MAGDALENA

Ya al olvido
esa duda entregué.

ALBERTO

¡Ay, la pureza
de tu alma, jamás he merecido!

MAGDALENA

¿No, Alberto? ¿Quién que tú más generoso?

¿Más amante que tú? ¡Falta! ¡estrella
que mi amarga existencia ha presidido,
nuestras almas hermanas dividía
y apartó para siempre!

ALBERTO

¡Para siempre!

¡no Magdalena, no, tuya es la mía!

MAGDALENA

¡No es posible! ¡no quiere mi destino!
¿Por qué tan cruda guerra
al destello divino
que eleva al corazón, hace a tierra?

ALBERTO

Mas ¿nuestro amor?

MAGDALENA

Adoración eterna
tendrá en mi alma; de mi amarga vida.
¡Será el sostén y el único consuelo
y de mi pecho el postrimer latido
*recogerá para volverse al ciclo!

ALBERTO

*¡A mi lado!

MAGDALENA

*¡Jamás! ¡Pronto este suelo
*dejaré, acompañada del anciano
*de que es inútil existencia apoyo,
*por él tan solo afrontaré la vida!

ALBERTO

*¡Ah! Dime que me engañas Magdalena.
*¡Amarga despedida
*escuchar, cuando ebrio de ternura,
*¡imagine! ¡infelice! que tu labio
*ya perdonando mi insensato agravio
*prometiese a mi amor casta ventura.
*¡Ten de mi compasión: he padecido
*tanto! ¡tanto, sin ti! ¡Si es que la gloria
*a que siempre aspiré, no he merecido,
*yo aguardaré sin que enfadoso ruego
*mi pecho exhale; un año! ¡Cuanto quieras!
*si tu lo ordenas, vivirá sin verte,
*mas ¿perder mi esperanza? ¡No! ¡La muerte
*más bien!

MAGDALENA

*¡Es fuerza! ¡Que lo ordena el cielo!
*¡Tu corazón no ofendo! Pero un día,

*sí, no lo dudes, sentirás consuelo.

ALBERTO
¿Lejos de ti!

MAGDALENA
Bien sé que mi memoria
vivirá siempre en ti. ¿Pero quién sabe?
¡Acaso otra mujer!

ALBERTO
¡Oh! ¡calla! ¡calla!
¿Y dices que me amas?

MAGDALENA
¡Con ardiente,
con eterna pasión que al acallarla,
mi corazón despedazarse siento!
¡Pero es fuerza! ¡Ya basta, que el aliento
me falta! yo te pido
por el recuerdo de ese amor tan puro,
que si un día... mi frente abrasa el fuego
el rubor...

ALBERTO
¿Qué te agita?

MAGDALENA
(Con dolorosa resolución.)
Si: me ordena
mi deber que lo diga. ¡Yo te exijo
por la paz de mi alma, que si un día...
fueses... padre... jamás! ¡nunca a tu hijo
niegues tu amor! ¡tu nombre!

ALBERTO
¡Por el cielo
cálmate!

MAGDALENA
¡Júralo por la memoria
de tu madre, por mí!

ALBERTO
¡Yo te lo juro!

MAGDALENA

¡Ay, Dios te haga feliz!

ALBERTO

¡No! ¡yo no puedo
resignarme a perderte! ¡Eres mi esposa!

MAGDALENA

¡Yo!

ALBERTO

¡Sí: me inspira mi abandono miedo!
¡Soñando una existencia virtuosa,
verla volar, y devorar mi pena
solo en el mundo!

MAGDALENA

¡Alberto!

ALBERTO

¡Tú no debes
consentirlo! ¡tu mano, Magdalena!
¡Apiádate de mí!...

(Cae de rodillas y extiende sus brazos a MAGDALENA, en actitud suplicante. El MARQUÉS y ELOÍSA aparecen por el fondo y se detiene escuchando con avidez.)

MAGDALENA

¡Yo ser tu esposa!
¡Imposible ventura!

ALBERTO

¡Sí, la madre
de mis hijos serás!

MAGDALENA

(Con desesperación.)
¡Fortuna impía!
¿Y qué nombre a tus hijos les daría
yo que ignoro? ¡Oh vergüenza! ¡el de mi padre!

Escena IX

DICHOS.-EI MARQUÉS.-ELOÍSA.

MARQUÉS

Acabe el justo rigor
que mi agravio me inspiraba.

MAGDALENA

¿Qué dice usted?

MARQUÉS

Ángel puro,
da cabida a la esperanza
en tu pecho.

MAGDALENA

¿Qué?

MARQUÉS

¡Tu padre vive!
(Interrogando con la expresión de una alegría delirante a
todos los que la rodean.)
¡Es verdad!

ELOÍSA

Y con ansia
viva te esperan sus brazos.

MAGDALENA

¿Y quién me los arrebató?
¿Dónde está? ¡Yo soy su hija!
Cuando un padre a su hija llama,
¿quién se opone a que a él acuda!

MARQUÉS

Yo, que obcecado juzgaba
que debía hacerlo... el recuerdo
del ultraje de mis canas...
Además... sin conocerte,
contribuyó a tu desgracia.
Te ofendió.

MAGDALENA

Pero ¿no soy
la prenda de sus entrañas?
Usted olvida su ultraje:
mi vida no importa nada.
¡Él me la dio, él es su dueño!
¿Dónde está? ¡Se despedaza

mi corazón! ¡Quiero verle!

UN CRIADO

(Con una carta que coge ALBERTO.)

Señorita...

ELOÍSA

¿Qué?

ALBERTO

Una carta
para el Marqués.

ELOÍSA

¡Es su letra!

MAGDALENA

¿¿De mi padre!!

ELOÍSA

Sí.

(MAGDALENA coge con gran ansiedad la carta, la besa, rompe el sello, y antes de abrirla pasa su mano por la frente y suspira dominando su emoción.)

MAGDALENA

Me mata
la alegría. ¡¡¡Santo cielo!!!

(Dice esto dando un grito horrible después de haber fijado un instante sus ojos en la carta. Todos corren hacia ella: ALBERTO coge el papel de sus manos, fija en él la vista y dice.)

ALBERTO

¡Suerte aciaga!

(El MARQUÉS se une a ALBERTO, que se ha apartado del grupo, y ALBERTO lee en voz alta. Durante la lectura tiene MAGDALENA clavados sus ojos en el MARQUÉS y ALBERTO, estrechando convulsivamente entre las suyas las manos de ELOÍSA las aprieta a su pecho.)

(Leyendo.)

»A batirme a muerte voy
»es mi postrera demanda
»que no odie mi memoria

»la hija de mis entrañas.
»La legación de mis bienes
»y mi nombre, y una carta
»de su madre se hallarán
»sobre mi cadáver.

MARQUÉS
(Arrancando la carta a ALBERTO.)
Basta!

MAGDALENA
¡Oh justo Dios!

MAGDALENA
Es mentira.
Decir no puede esa carta
lo que has leído. ¡Mas sí!
¡Que lo quiere mi desgracia!
¡Pero es preciso salvarlo!
Llevadme adonde se halla.
¡Que un mismo golpe nos hiera!

MARQUÉS
Sí...

ALBERTO
Volemos.

ELOÍSA
Mas la carta
no dice adonde...

MAGDALENA
(Con desesperada resolución.)
Encontrarle
yo sabré...
(Va a salir por el fondo y se oponen a su paso.)

ELOÍSA
¡Detente!

MAGDALENA
(Con energía delirante.)
¡Basta!
¿Quién se opondrá a mi camino?
¡Padre! ¡Padre!

(La expresión de MAGDALENA hace apartarse a los interlocutores, y ella se precipita por el fondo gritando: ¡Padre! ¡Padre! en el instante en que aparece DON JUAN por él. Oye las palabras de MAGDALENA y la recibe en sus brazos.)

DON JUAN
¡Hija del alma!

Escena X

DICHOS.-DON JUAN.

(DON JUAN y MAGDALENA bajan a la escena sin abandonar el uno los brazos del otro. El MARQUÉS queda a la izquierda en primer término, y ALBERTO y ELOÍSA unidos a la derecha.)

ALBERTO
¡Aún vive!

ELOÍSA
(Alzando los ojos al cielo.)
¡Gracias Señor!
(A ALBERTO estrechando sus manos con alegría.)
¡Ya acabó nuestro quebranto!

MARQUÉS
Si cesa el tuyo ¡Dios Santo!
¿Qué será de mi rigor?

MAGDALENA
¿Tú eres mi padre?

DON JUAN
¡Si! ¡sí!
¡Tu padre! ¡Dame ese nombre!
¿Es posible que haya un hombre
más venturoso? ¡Y sin ti
tantos años he sufrido
la vida!

MAGDALENA
¡Fue su sostén
la esperanza!

DON JUAN

¡Cuanto bien
me da el cielo!

MAGDALENA

(Examinándolo con cariñoso afán, sin abandonar sus
brazos.)

¿Estás herido?

¡No!

MAGDALENA

¡Oh placer!

DON JUAN

De vida lleno,

Dios me condujo a tus brazos.

¿Quién ya romperá los lazos
que te estrechan a mi seno?

(MAGDALENA, como herida por un nuevo pensamiento, coge de una mano a su padre,
y se acerca con él al Marqués, que al verlos llegar toma una actitud severa y vacilante,
como el hombre que quiere dominar una emoción poderosa.)

MARQUÉS

¡Magdalena!

MAGDALENA

Compasión

imploro para mi padre.

(El MARQUÉS aparta su rostro procurando afectar serenidad.)

¡Desde la tumba mi madre
pido también su perdón!

(Al oír estas palabras de MAGDALENA, el MARQUÉS cubre sus ojos procurando
ocultar su emoción, y alarga la mano derecha a DON JUAN, que de rodillas, la coge
entre las suyas y la besa respetuosamente.)

MAGDALENA

¡Gracias! ¡Madre!

(Cruzando sus manos sobre el pecho y alzando los ojos al cielo con religioso entusiasmo.
El MARQUÉS levanta a DON JUAN y lo llama a sí. MAGDALENA corre a unirse a
ALBERTO y a ELOÍSA.)

ELOÍSA

¡La alegría
me embarga!

MAGDALENA
(A ALBERTO.)
¡Acabó mi pena!

ALBERTO
¡Seré tuyo, Magdalena!

MAGDALENA
¡Eloísa!,
(Cayendo en sus brazos.)

ELOÍSA
¡Hermana mía!

MARQUÉS
(A DON JUAN con solemnidad.)
Mitigó mi justo encono
la mártir que está en la altura.
(Señalando a MAGDALENA.)
Si labra usted su ventura
yo mi agravio le perdono.

DON JUAN
¡Ah señor!

(Vuelve a besar la mano del MARQUÉS, y dirigiéndose al otro grupo, se coloca entre ALBERTO y MAGDALENA y cogiendo sus manos, dice.)

¡Alberto! ¡Impío
quise extraviar tu vida:
al funesto amigo olvida,
y ama a tu padre, hijo mío!

(Dice esto uniendo a MAGDALENA y ALBERTO que se estrechan las manos con la expresión de una alegría inmensa, y se unen al MARQUÉS hablando entre sí.)

DON JUAN
¡Eloísa!

ELOÍSA
Al fin el cielo
de sus ruegos se apiadó.

DON JUAN
El mi vida conservó
para salvarme.

ALBERTO
¿Ese duelo?...

DON JUAN
Rozó la bala homicida
de Enrique, apenas mi pecho...

MAGDALENA
¡Oh!

DON JUAN
¿Y entonces mi derecho
me hizo dueño de su vida!

ALBERTO
¿Lo mataste?

DON JUAN
¿Ensangrentada
mi mano, podría abrazar
a mi hija?

ALBERTO
¡Soportar
su vista!...

DON JUAN
No temas nada.

ELOÍSA
¿Cómo?

DON JUAN
A remota región
lo llevan la mar y el viento:
Dios le dé arrepentimiento
cual yo le doy mi perdón.

ELOÍSA
¡Premia Dios al que perdona!

MAGDALENA

Yo lo siento en este instante.

ALBERTO

Y al amor puro y constante
con la ventura corona.

(DON JUAN cubriendo con sus brazos a MAGDALENA y ALBERTO. El MARQUÉS
estará al lado de aquella, ALBERTO al de ELOÍSA.)

DON JUAN

¡Ambos seréis mi consuelo!

MARQUÉS

(A MAGDALENA.)

Ama y respeta a tu padre.

MAGDALENA

A todos mi santa madre
nos bendice desde el cielo.

(Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA.